

Revista Gráfica



**EL PARIS DE
LOS HUMILDES**

GRAN ÉXITO de las **PARISIENSES**

ETERNA JUVENTUD

CRÈME LE GUILHOU

con base de **Suco de Lechuga**

Procura dulzura, frescura y suavidad á la tez.

Recomendada por los Doctores especialistas del Mundo entero.



PREPARADA POR **SCHAEFER**, Químico y Farm.^{ce} de 1^{er} cl., 154, Boule^{ve} Hausmann, PARIS.

Distributo: **MADRID**, FARMACIA GAYOSO, Arenal, 2; **LA HABANA**, FARMACIA del Dr. Manuel JOHNSON; **MEXICO**, RAUL BOUTET de la casa R. BOUTET & FISHERWOOD y C., Apartado, 281; **SANTIAGO (Chile)**, DROGUERIA FRANCESA Abasco 43.

Si comenzáis á engordar, no esperéis más. Tomad

L'ANTI OBÈSE NEPPO

Maravilloso producto higiénico empleado en fricciones. No hace adelgazar más que las regiones demasiado grasas. Suprime rápidamente la gordura de los carrillos, de la sotabarba, de la encera, etc.

Dróguerias, farmacias y doctor Neppo, 98, rue Mirameuil — PARIS

LA **Timidez**

¡El Hecho es Probado!

ya no existe.

YA ES POSIBLE crear y desarrollar en si mismo y en sus hijos hasta sus últimos límites



EL ESPÍRITU — LA INTELIGENCIA — LA MEMORIA

destruir la **Timidez**, inspirar la **OSADIA** y la **AUDACIA** que determinan **EL ÉXITO**

y esto sin fatiga, sin esfuerzos, sin trabajo, por la sola propiedad psíquico-orgánica de una preparación nueva llamada: **La Cafirina**. Tesis victoriosamente sostenida en la Academia de Medicina y que el Instituto Biológico de París, con un fin racionalmente humanitario, ha tomado la feliz iniciativa de hacer conocer **GRATUITAMENTE** en todos los países del mundo.

Aprovechen pues esta oportunidad y escriban en seguida:

Al Señor Director del Servicio de Exportación
FARMACIA MODERNA, 4, rue d'Aumale, París.

REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año 2

1 Febrero 1914

Precio

60 cént.

Actualidades, Literatura, Ciencias y Artes

Director: José MUÑOZ ESCÁMEZ

222, Boulevard Saint-Germain, París

Teléfono 757-90

Saenzal, 471 - Calle de Sarmento, Buenos Aires

Nº 15

Suscripción

20 francos

por año

INTERVIEW CON EL GENERAL CHERIF PACHÁ





A mí me aterroriza la gente humilde, y cuando las mariposas parisinas se convierten en el arremolinamiento de una multitud osírosa, que se estruja para comprar coles y tomates, me echo á temblar.

El París de los humildes

El París de los humildes es todo París, porque de los humildes es el reino de los cielos, y, por tanto, con más razón el de la tierra, aunque sea la de la vieja Lulecia.

¿Por qué poetas y prosistas, en general, se negaron á ocuparse de la gente menuda seriamente, y cuando hablaron de ella más bien fué para burlas? Yo creo que todo estriba en la dificultad de obtener los efectos literarios buscados. Supongamos que en vez de seguir los procedimientos que Edgard Poe aconsejó en *El génesis de un poema* para escribir una obra maestra, siguiéramos el camino opuesto y buscáramos un asunto ridículo del que debíamos obtener efectos dramá-

ticos ó, al contrario, un tema dramático para obtener efectos cómicos; pues tendríamos que vencer una gran dificultad, sobre todo en el primer caso.

¿Puede mostrarnos el mundo más triste ironía que el espectáculo de ese hombre de gabán desteñido, joven aún, y que lleva debajo del brazo un paraguas y en las manos una botella de leche? Por las apariencias, este hombre ha renunciado á todo (menos al paraguas y á la botella) y, ó presenta el caso de un ser embrutecido por la perseverancia mortificadora de una esposa insoportable, y camina como un autómatas, ó renunció, por propio impulso, á todo, hasta á la ilusión de llevar unas botas relucientes, perseguido por la mala sombra: en ambos casos es un desgraciado digno de todos nuestros res-



petos y de un gabán de más abrigo.

¿Por qué no ha de sentirse admiración por una vieja maniática, que cuida cariñosamente á un loro de cabeza monda y que paga sus cuidados con picotazos de bicharraco poco agradecido?

Y cierta mañana, lector amigo, leemos en el periódico que esta pobre mujer, cuya fealdad la condenó desde niña á un perpetuo martirio,

¡Puede mostrarnos el mundo más triste ironía que la de este hombre de gabán desteñido, que renunció á todo, menos al paraguas y la bofetita!

ha sido encontrada muerta en el le-

cho, custodiada por la cotorra, que moviendo la cabeza á uno y otro lado, puesta sobre los barrotes de la cama, parecía pensar: «¡Diablo! ¿Cómo voy á procurarme ahora el chocolate con bizcochos?»

Nos hallamos en la época del futurismo, del puntillismo, del cubismo, del impresionismo y del orfismo, y á la juventud literaria corresponde destruir los moldes arcaicos y fabricar unos nuevecitos que dé gloria verlos.

A mi me aterroriza la gente humilde, y cuando las mariposas parisinas se convierten en el arremolinamiento de una multitud astrosa que se estruja para comprar coles y tomates, me echo á temblar. ¿No se encuentra entre estas personas la portera irascible que nos agria la existencia cuando no se paga puntualmente la casa y hasta la que pone á uno

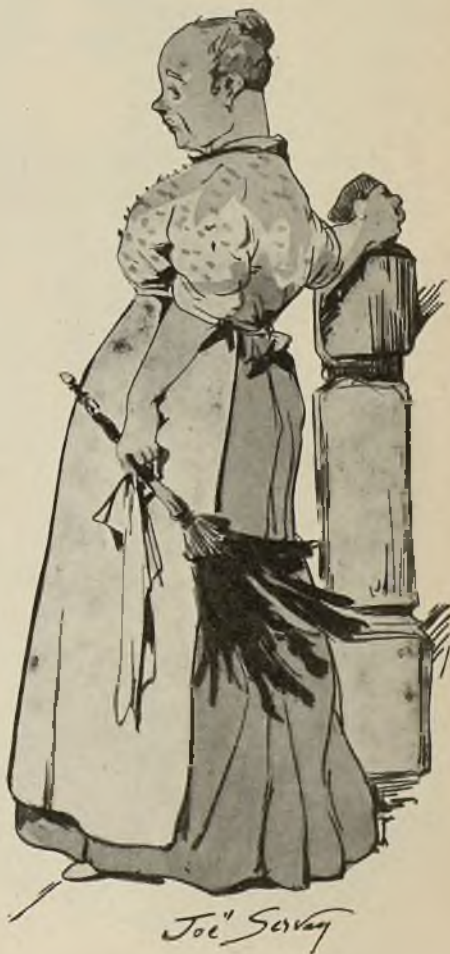
de patitas en la calle cuando desahucia el casero? ¿No fué también esta gente humilde la que asaltó las Tullerías? Y las burguesitas tímidas de ahora, ¿no veían, haciendo calceta en cualquier jardín público, el desciframiento de las pesadillas sanguinarias de Robespierre?

¡Ah, la portera! Los españoles no saben, por fortuna, lo que es una portera francesa. En París, cuando se va alquilar un piso, debe uno recomendarse á todos los santos, y aun así no está seguro de encontrar lo que con tanto trabajo busca. Y, frecuentemente, se oyen diálogos como el siguiente:

— Madame la concierge?

— Soy yo; ¿qué quiere?

— Usted dispense — responde el candi-



¡Cuántos heroísmos anuda este delantal porteril!

dato, bajando los ojos y dando vueltas entre sus manos al sombrero; — desearía saber cuánto paga el piso que se alquila.

La *concierge*, mirando de arriba abajo al infeliz :

— No tiene usted cara de pagar tal cantidad. En fin, mil francos al año.

— Muy bien, un cuarto de ese precio me conviene.

— Pero ¿usted tendrá chicos?

— Dos, mas le aseguro que no hacen ruido ni lloran. He inventado un bozal con el cual aun respiran los pobrecillos.

— ¡Cochino! ¡sinvergüenza! ¡especie de alcachofa!

¡especie de zapatilla vieja! ¿Se atreve usted á pedir que le alquile mi casa teniendo dos crios?...

Algunas veces, cuando se trata de bohemios artistas, en todos los países en lucha contra las minucias reglamentadas de la vida, los porteros pagan juntas sus groserías, y la existencia no es para ellos sino un calvario que, generalmente, termina en el manicomio. Y el ruido no cesa en la casa, y el estuco ó pintura de la escalera es arrancado por completo, con la intención de arruinar al propietario, que se ve obligado á hacer continuas reparaciones.



El tipo es conocido, y muchas de estas mamás las soportamos nosotros en nuestros años de estudiante travieso.



¡Qué asombroso parecido !

Un amigo pintor, hablándome de estas tragedias domésticas, me contó una genialidad suya muy graciosa.

— Como le digo — me explica mi com pañero, — no había medio de continuar viviendo en la casa con un portero tan insoportable y, constantemente, nos disputábamos, ya porque había subido yo cuatro ó cinco veces la escalera durante el día (según el portero, las personas decentes no debían subir la escalera sino dos veces); porque hablábamos alto ó porque volvía tarde. Dispuesto á vengarme, cierta tarde entré en la portería anunciándole, muy seriamente, que á las dos de la madrugada vendría á casa con un león enjaulado. Tratábase de un compromiso, le dije, como si fuera verdad. Me habían encargado un cuadro en el que figuraba esa fiera Yo era un

hombre cumplidor y quería copiar del natural, y aunque hubiera podido ir al Jardín de Plantas, prefería tener al león en casa, dado que uno de mis conocidos, domador, se prestaba á dejarme el animal unos días.

» El rabioso portero echaba lumbré por los ojos y, según supe luego, se pasó toda la noche detrás de la puerta con un enorme y viejo pistólón en la mano, dispuesto á defender á tiros la inviolabilidad del domicilio puesto bajo su guarda, y sin sospechar mi broma. »

¿ Y los cocheros ? ¿ Y las verduleras ? ¡ Ah ! Huyamos de los humildes de París, de aquellos que perdieron toda noción de pulcritud y lucen desenfadadamente sus guñapos entre los calabacines y piltrafas de carnero colgadas en los garfios del mercado.

Son almas trágicas, y á mi me dan mucho miedo...

ANTONIO MUÑOZ PÉREZ.



¡ Cualquiera le niega la propina después de haberse leído el artículo de fondo !



El Palacio de Cristal del Retiro.

Vecinos del barrio de las Cambronerías, conversando al amor de la lumbre.

Templete árabe del Retiro. Ofrece aspecto encantador y sería de desear que conservara esta prestada belleza por mucho tiempo. ¡y, sobre todo, en verano!



Obreros de la villa calentándose en un brasero público.

Otro de los rincones del Retiro.



El monumento á Martínez Campos.



La fuente de la Cibeles. El agua se ha congelado y los pobres leones deben haber perdido mucho de su fiereza.

LA NIEVE EN MADRID

MADRID no ha escapado á la nevada, y, como en toda Europa, los frios excepcionales se han dejado sentir este año en la capital de España con crudeza exagerada. Si no fuera por las miserias que trae aparejada la nieve, sobre todo cuando persiste, con regocijo debía acogerse este immaculado envío que nos hace el cielo, pues extendiendo su blancura sobre la suciedad de las grandes poblaciones, parece querer borrar para siempre las realidades de un medio demasiado grosero, idealizando hasta las casas más toscas. Desgraciadamente, la nieve, alegría de los ojos para los personas de buena posición, es anuncio de miseria para los desvalidos, para aquellos que no pueden soportar el hambre si el cielo les niega un caritativo rayo de sol.



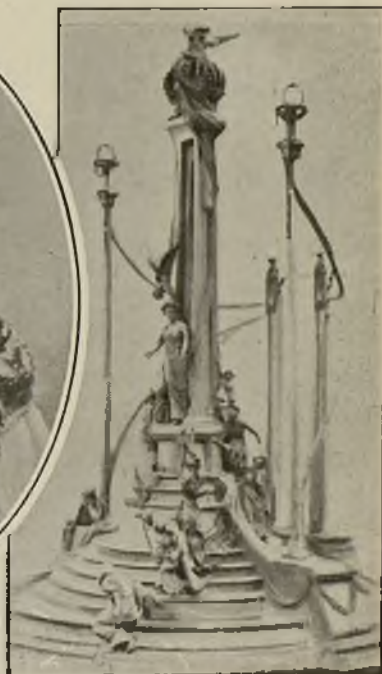
ACTUALIDADES



El presidente de la Colonia de la Prensa, señor Rodríguez Lázaro, muestra á Su Majestad el rey don Alfonso XIII, los planos de la misma. El monarca tuvo frases amables para todos los periodistas.



S. A. R. la Infanta doña Paz, á quien se acaba de conceder la gran Cruz de Alfonso XII, por los servicios prestados al Pedagogium de Munich.



El distinguido escultor señor Torreto ha presentado un proyecto de monumento á la infanta María Teresa



Su Majestad recorre los terrenos de la Colonia de la Prensa y hace, al mismo tiempo, la información periodística. A la derecha: El secretario de dicha Asociación, don Mo-

desto Sánchez, lee el acta de colocación de la primera piedra de un nuevo "Chalel" ante el Rey, el presidente del Consejo, el ministro de la Gobernación y otras ilustres per-

sonalidades. En el medallón: El infante don Fernando, en la notable exposición del señor Martínez Vázquez.



El árbol de Noel y Reyes regalado á los "Boy-Scouts" del Asilo de la Paloma de Madrid.



El infantil D. Alfonso de Orleans, en uno de sus paseos por la Moncloa.



Personas que presidian el banquete ofrecido al Excmo. Sr. marqués de Cerralbo (X), con motivo de su nombramiento de miembro del Instituto de Francia.



Acto de imponer la Gran Cruz de Alfonso XII al sabio general de ingenieros, excelentísimo señor Marvá (X).



Los individuos de la Reales Academias visitan al marqués de Cerralbo. De izquierda á derecha: marqués de Vadillo, D. Eduardo Dato, marqués de Cerralbo y Sr. Villegas.



Concurrentes al Champagne de honor ofrecido á D. Enrique Deschamps, ministro de la República Dominicana en España.



Concurrentes al banquete ofrecido por el Excmo. Sr. D. Antonio Maura á los

individuos de la Real Academia Española. De derecha á izquierda: Leopoldo Cano, Antonio Maura, José Echegaray, Srta. de Maura, Eugenio Sellés, Srta. de Maura, Condesa de la Mortera, Jacinto Benavente, J. Alvarez Quintero, J. Octavio Picón, Cotarelo, Hinojosa.



Un viejo y curioso rincón de París que desaparece. Ha comenzado el derribo de las casas de la calle Dauphine, junto al "Puente Nuevo".



El anticuario Gieri, que recuperó la facenda y que ahora fide el ojo del valor en que está tasado el cuadro.

Monumento que el príncipe Alberto Iero de Mónaco ha erigido en honor de los sabios que se consagran al estudio de la Paleontología humana



M. Pallologue, que ha reemplazado á Delcassé en la Embajada de Francia en San Petersburgo

La fábrica de esqueletos humanos, que ha sido cerrada por las numerosas reclamaciones hechas por los vecinos.



La "Villa" de M. Poincaré en Eze-le-Rain, junto á Niza, en donde irá á pasar una temporada á fines de marzo.

Como de costumbre, el primero de enero se pasó en París una revista militar y se prendieron algunas condecoraciones al pecho de las valientes.



El submarino inglés A-7, se sumergió con todos los marinos junto á las costas de Plymouth.



En la isla de So-kuraskima, Japon, se han producido violentas erupciones volcánicas.



Graves inundaciones han asolado la América del Norte.



Sarah-Bernhardt ha sido condecorada con el grado de «caballero» de la Legión de Honor. Creemos de toda justicia esta gracia, pues mujeres como la gran actriz francesa honran á un país.



Las huelgas del Transwaal, haciendo que este país sea de actualidad, nos obliga á publicar esta fotografía interesante, pues se trata del mercado de trajes viejos, en verdad excesivamente próspero.

Huelguistas del Transwaal, con sus típicos trajes, sin duda pasados de moda.



La presidenta de la Comisión del Monumento a las Américas que se erigirá en Oviedo, señora marquesa de Arguelles, y su hija, acompañadas de Benavente, en el estudio de los autores del monumento, los jóvenes escultores Julio Antonio, y Miranda.



El servicio de Correos en los tranvías. El señor Ortuño ha recibido innumerables felicitaciones por esta importante mejora.



El distinguido maestro señor Zubiaurre, director de la capilla del Palacio Real, que acaba de fallecer. Su muerte ha sido muy sentida.



El capitán general don Camilo Polavieja, que ha muerto hace unos días.



Entierro del ilustre caudillo señor Polavieja.



LA NIEVE EN HOLANDA



DESDE hace algunos años, la moda de las porcelanas de Delf ha dispersado, á través del mundo, las lindas cerámicas de tonos azules lechosos, que ha hecho célebres los pequeños personajes de aspecto infantil, gruesas mejillas y amplios trajes: los pequeños holandeses.

Hubiérase podido pensar en la interpretación de algún artista cándidamente inspirado, si no se hubiera conocido ya la Holanda de los canales, de las lindas le-

cheras y á los chicuelos de cara picaresca.

El invierno ha transformado los canales en vastos caminos de hielo, y, en el decorado lugareño de las casas ventrudas y enormes tejados, los niños de blancos gorritos hundidos hasta las orejas, juegan y rien.

Los más jóvenes se sientan junto al padre en una especie de diminuto trineo, que marcha empujado por unos palos de afiladas conteras.

El más insignificante rayo de sol ilumina los millones de cristales de este panorama encantado, transformando en jardines de pedrería tales paisajes, en verano poblados de árboles, caminos, ríos y casas.

Y así viven los holandeses, como todos saben, trabajadores, hondadosos y de costumbres patriarcales.



En el salón de Cherif-Pachá. A la izquierda, Salih Bey, yerno del general. Éste en el centro, debajo del retrato de su esposa, la princesa Eminé.

INTERVIEW CON EL GENERAL CHERIF-PACHA

Una horrible tentativa de asesinato, que terminó con la muerte del asesino, ha dado actualidad patipilante á la figura del general turco Cherif-Pachá y ha puesto de relieve las luchas intestinas que desgarran á Turquía.

Los periódicos diarios de todos los países han dedicado planas enteras á la descripción del atentado. REVISTA GRÁFICA quiere ofrecer á sus lectores una información absolutamente inédita que debe á la condescendencia del general Cherif-Pachá.

Un joven turco, llamado, según parece, Ali Djevat, se presentó en casa del general pidiendo verle. Como se negase á recibirlo, disparó su revólver sobre el criado, que se oponía á dejarle paso franco, le hirió gravísimamente y penetró en la casa gritando: «¿Dónde está el Pachá?» De un puñetazo derribó á la esposa del general, que acudió á los gritos. El chauffeur, que salió al encuentro del asesino, fué recibido á pistoletazos; huyó hacia el despacho del general y allí aguantó diez disparos que hicieron saltar enormes astillas, después de hacer irizas el espejo que cubría la puerta, tras de la cual se resguardaba.

Por milagro no recibió la menor herida.

Al ruido de los disparos salió de sus habitaciones el yerno del general, empuñando un revólver. Enablóse entonces un terrible duelo á dos metros de distancia, hasta que el asesino cayó muerto de dos balazos en la cabeza.

Tal fué la horrible escena que hemos reconstituido con el concurso del valeroso yerno del general y del chauffeur, que se han prestado gustosos á esta reconstitución para REVISTA GRÁFICA.

¿Se trata de una vulgar tentativa de asesinato? De ningún modo. Todos los datos concuerdan en que es un crimen político. ¿Es éste la obra de un exaltado, ó el asesino era ejecutor de una orden de Constantinopla? Eso está todavía por esclarecer, pero los antecedentes nos inclinan en este último sentido.

¿Por qué estorba Cherif-Pachá á algunos de sus compatriotas? Eso es lo que hemos querido averiguar, y creemos que nuestros lectores han de agradecer la publicación de las palabras del general turco, que arrojan viva luz sobre el estado actual de Turquía.

Me parece ocioso entretener al lector con el relato de las dificultades que tuve que vencer hasta franquear la puerta de Cherif-Pachá. Un inspector de policía hizome pasar al salón en espera de que el general turco hubiese terminado una conferencia importante que en aquel momento celebraba, y me alegré en el alma de aquel retardo, que me permitía estudiar el medio en que vivía la persona á quien iba á interrogar.

El hecho de tratarse de un general turco avivaba en mí la curiosidad de ver si estaba instalado á la oriental, lo que hubiera sido una nota pintoresca digna de ser notada. Me encontré en un salón de estilo francés, con muebles dorados. Vitrina con bibelots de gran valor y en el centro de la pieza una hermosísima porcelana de Sajonia. Una especie de ponchera árabe y un rico tapete recamado de oro, fué todo lo que recordaba el origen oriental del dueño de la casa. En el suelo, dos soberbias pieles de oso blanco; en las paredes algunos tapices de mérito, uno de los cuales representa á Escipión y Aníbal y varios cuadros de buenas firmas. Sobre la chimenea los retratos de los reyes de Suecia, con expresiva dedicatoria, y en un ángulo una pintura en la que aparece Cherif-Pachá junto al rey sueco, durante unas manobras militares. Enfrente, el retrato de su esposa la princesa Eminé.

Oí en el pasillo una voz enérgica, y á poco entró en el salón el general.

Es éste de mediana estatura, rostro animado y enérgico, tez morena mate, ojos vivísimos, negros y profundos, y cabello y bigote como el azabache.

— Perdóneme usted — me dijo en francés, idioma que habla con un ceceo muy pronunciado. — Le he hecho esperar porque no me dejan un momento tranquilo amigos y periodistas.

— Si; ahora es usted la actualidad.

— Bien á pesar mío — respondí.

Volvió á salir, entró de nuevo, me presentó á su yerno, joven simpático, de

reposado continente y trato afable. Luego entramos en su despacho, en donde me mostró los destrozos causados por los diez disparos del asesino.

— Y ahora — exclamó, — pregunte usted cuanto quiera.

— Del atentado, nada. Los diarios han publicado ya todos los detalles. Lo que interesa á REVISTA GRÁFICA es saber por qué han querido sus compatriotas suprimir á usted.

Sonrió el general, sacó una caja de cigarrillos, me invitó á tomar uno, encendió el otro, entornó los ojos y tras breve silencio empezó á hablar de esta manera :

EL COMITÉ « UNIÓN Y PROGRESO »

Todo el mundo sabe que Abdul Hamid fué destronado por el Comité *Unión y Progreso*, sociedad política secreta que derribó al déspota para implantar un régimen constitucional. El triunfo se alcanzó después de muchos años de conspirar. Yo, que estaba de ministro de Turquía en Estocolmo, ayudé durante diez años moral y materialmente al Comité, juzgando que con ello servía á mi patria. Entre otras cosas, sostuve con mi dinero á Ahomed-Riza-Bey, que

se encontraba en el mayor desamparo, hasta el punto de que fui yo quien le pagué la levita con que fué á tomar posesión de su cargo de presidente de la Cámara de Diputados. Mi propio sastre, Pool, el de Londres, se la hizo.

Proclamada la Constitución, fui de Suecia á Constantinopla ocupando mi puesto en el Comité. Celebraba éste dos sesiones por semana, miércoles y domingos, en sitios ocultos donde para entrar era preciso revestirse de ciertas insignias. Comenzaban las sesiones á las nueve de la noche y solían terminar á las once. En cada una de ellas se elegía presidente, pues el Comité no quiso tener nunca uno para más de una sesión. En todas ellas fui proclamado presidente.

Como nota curiosa diré que una noche



Princesa Eminé, esposa del general Cherif-Pachá, nieta del gran Mehemel Ali, fundador de la dinastía keddiana y tía del actual kediye de Egipto Abbas II.



RECONSTITUCIÓN DEL ATENTADO

A la izquierda, el «chauffeur» se oculta tras la puerta del despacho de Cherif-Pachá huyendo de los disparos del asesino. A la derecha, el duelo entre éste y Salih Bey, gerno del general. La distancia que los separa es de dos metros.

dos oficiales pidieron la palabra (conviene advertir que el ochenta por cierto de los afiliados pertenece al elemento militar) á fin de constituirse *fedai*, esto es, ejecutores juramentados, para asesinar al príncipe Sabbah Eddine, sobrino del sultán, gran patriota y promotor de las ideas de descentralización administrativa.

El pretexto alegado para la ejecución, fué el de que el príncipe era hostil al Comité *Unión y Progreso*.

Vi perdido al príncipe, y para salvarlo maniobré de manera que en vez de terminar la sesión á las once la prolongué hasta las tres de la mañana. El turco es perezoso y dormilón, así es que á aquella hora todos los miembros del Comité estaban rendidos y, á propuesta mía, se aplazó el asunto para la próxima reunión. Así se salvó aquella vida tan gravemente amenazada.

CHERIF-PACHÁ DIMITE

La caída del gabinete Kiamil-Pachá y las ideas sectarias del Comité, me persuadieron de que el régimen constitucio-

nal no reposaba sobre fundamentos serios, y que al régimen despótico de Abdul Hamid había sucedido otro más tiránico todavía.

El día 12 de marzo de 1909, presenté mi dimisión como miembro del Comité *Unión y Progreso*, motivándola extensamente.

Mis compañeros se negaron á aceptarla. Hay que advertir que las reuniones se celebraban en mi casa, y que, generalmente, todos ellos almorzaban y comían á mi mesa, en donde jamás hubo menos de veinte invitados.

Cediendo á las instancias de mis amigos y comensales, dije que retiraría mi dimisión si el Comité aceptaba las cuatro condiciones siguientes:

1.ª Que el Comité no conservase su carácter oculto y que no se mezclase en los asuntos del Estado.

2.ª Que el ejército no interviniese en la política.

3.ª Que las elecciones fueran libres, sin la menor presión oficial.

4.ª Que se abandonase el proyecto de turquificar el país, dado que el elemento turco en mi patria constituye una infima minoría.

Mis condiciones fueron rechazadas, aceptada la dimisión y comprendiendo que, dada mi actitud no, estaba seguro en mi patria, vine á París en donde creé un periódico: *Mecherrouttiette*, órgano del partido de «Inteligencia liberal».

EL PERIODISMO EN TURQUÍA

En cuanto llegó el primer número de mi periódico á Constantinopla, fué pro-



En el despacho de Ali-Pachá, nuestro director interroga al general. En pie, Salih-Bey.

hibido por el Gobierno. El segundo número me valió ser incluido en un complot contra la seguridad del Estado, y fuí condenado á muerte.

(Al decir esto, el general acarició la culata de una de las tres pistolas «browning» que había sobre la mesa de su despacho.)

La libertad de imprenta no existe en Turquía. Allí no se permite más que elogiar al Gobierno, y cuando un periódico no cumple este deber elemental, se le suspende.

Ahora bien: los periodistas no se resignan, y en cuanto su periódico es suspendido, le publican al día siguiente con otro título, y al otro con uno nuevo, y así sucesivamente, hasta que levantan la suspensión del primero. De modo que los suscriptores nunca están seguros de recibir el mismo periódico una semana seguida.

Contra esta artimaña, el Comité tiene los asesinos. Para prueba, basta citar los nombres de Assan Fehmi Bey, Ahmed

Samin Bey y Zeki Bey, cuyas muertes violentas han quedado impunes.

ASÍ SE PAGA UNA LEVITA

Pues bien: el presidente de la Cámara de Diputados, aquel Ahmed Riza Bey á quien regalé la levita, y á quien mantuve tanto tiempo, una noche se levantó en la sesión del Comité y pidió sencillamente que me asesinaran, ya que yo no iba por mi gusto á dejarme fusilar en mi país. En aquella reunión estaba Ismail Bey, vicepresidente del partido «Inteligencia liberal».

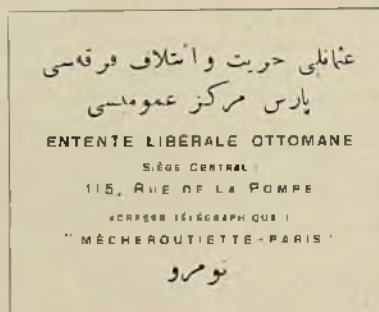
No todos fueron del sanguinario parecer de mi antiguo protegido. El comandante Kaddri Bey, edecán de Mahmoud Pachá se levantó á su vez y dijo que no convenía al Comité hacerme desaparecer violentamente, porque yo era muy conocido en Europa y el escándalo sería enorme.

En aquella época todavía el Comité sentía algunos escrúpulos, y á eso debí que no me enviaran asesinos. Ahora se conoce que los ha perdido y no repara en querer ejecutarme en pleno París, ante los pasmados ojos de las naciones civilizadas.

EL PARTIDO

«INTELIGENCIA LIBERAL»

Durante mis primeros tiempos constituí el partido radical, que más tarde fusioné con el de «Inteligencia liberal», fundado por miembros eminentes del Comité *Unión y Progreso*, tales como el coronel Sadik Bey. Ahora soy presidente de la



Membrete que usa en sus cartas el general Ali-Pachá.



Vestibulo en donde cayó muerto el asesino y gravemente herido el criado del general. Sobre la pared, grabados que representan á los sultanes de Turquía.

« Inteligencia liberal », partido tan fuerte, que en las elecciones derrotó en la propia Constantinopla al Comité *Unión y Progreso*, y hasta hubo un momento en que tuvo la mayoría de la Cámara. Esta fué disuelta por el Comité.

Mi partido no ha estado nunca en el poder; así, pues, no le cabe responsabilidad alguna en la marcha del país. Cuando la « Liga Militar » derribó al Comité *Unión y Progreso* estuvimos al habla con ella, pero no quisimos aceptar el poder, á fin de demostrar el desinterés que nos guiaba. El gabinete de la « Liga Militar » dió muestras de una flaqueza inconcebible, á pesar de que se componía de los restos del régimen de Abdul Hamid.

À eso debió su pérdida.

En diciembre de 1912 estuve en Constantinopla por invitación del Gran Visir Kiamil Pachá; vi el peligro y lo anuncié al Gobierno, así como al Sultán, y me volví á Paris. Pocas semanas después se daba el golpe del 23 de enero, que costó la vida al general Nazim Pachá, que en su breve agonía se acordó seguramente de mis funestas predicciones. Todas ellas, por desgracia, se han realizado. En cuanto á mí, ó muero, ó salvaré á Turquía, mal que pese al Comité de *Unión y Progreso*.

EL PROGRAMA DE CHERIF-PACHÁ

Mi programa está comprendido en las cuatro condiciones que impuse para retirar mi dimisión. Quiero igualdad de derechos para todas las razas, libertad absoluta para el ejercicio de todas las religiones. La « Inteligencia liberal » representa entre otras cosas, la libertad y la vida de los armenios, siempre amenazados por los elementos turcos á impulsos del terrible Comité.

EL EMPRÉSTITO TURCO

La causa inmediata del atentado reciente, ha sido ésta: el Comité necesita dinero y no lo encuentra. Quiere reorganizar la armada y el ejército, pero eso cuesta caro. Se dirigió á Alemania, que le ofreció venderle fusiles y cañones, pero á dinero contante; trató de hacer un empréstito interior y fracasó. Entonces pensó que Francia podría darle dinero para comprar sus armas en Alemania. À esto me opuse é hice una campaña en mi periódico demostrando que las garantías ofrecidas para pago del empréstito proyectado eran ilusorias y el empréstito no se hizo. Entonces fui de nuevo declarado traidor y

condenado á muerte. Esa es la fuerza que impulsó á ese joven *fedai* para venir á asesinarme en mi propia casa.

Lo siento, sobre todo, por mi fiel criado, que está moribundo, y por mi esposa é hijos que recibieron el susto consiguiente. Ahora estoy preparado. Pueden venir cuando gusten.

Así terminó mi entrevista con el general, quien tuvo la bondad de enseñarme el sitio en donde se desarrolló la escena trágica. Salí de la casa impresionado. Por allí había pasado la muerte.

José Muñoz Escámez.



*En el centro, la hija menor del general.
A los lados, las hijas del criado herido por
el asesino.*

AMÉRICA LATINA

Impresiones y comentarios

A medida que se aproxima la inauguración del canal de Panamá, la política imperialista del gobiernonorteamericano se va marcando de manera más neta y decisiva. En el terreno político, la ingerencia de la cancillería de Washington en el proceso electoral de la República de Santo Domingo, su actitud en el problema mexicano y el proyecto de protectorado sobre toda la América Central, no son sino las consecuencias de un plan de expansión exigido por la especial situación que la apertura del canal interoceánico crea á los Estados Unidos. En el terreno económico y financiero, el imperialismo yanqui se define, también, en términos precisos, extendiendo al capital y á las empresas industriales europeas el precepto excluyente de la doctrina de Monroe.

Esta acentuación tan pronunciada del expansionismo norteamericano constituye una gravísima amenaza, no solo para las repúblicas latino-americanas, sino, también, para las potencias europeas que encuentran, en aquellas, amplios mercados para sus manufacturas, pingüe colocación para sus capitales y las fuentes de gran parte de las materias primas que alimentan sus fábricas.

La amenaza yanqui es doble para las repúblicas ibero-americanas: política y económica. Política, porque la doctrina de Monroe, en las múltiples evoluciones y ampliificaciones que le han hecho sufrir las necesidades del imperialismo yanqui,

que pretende encontrar en ella su carta ó fundamento jurídico-internacional, sirve de base á los gobernantes de la Confederación para arrogarse un derecho de intervención en la política interna de los Estados de la América latina. El presidente Wilson ha repetido, en varias ocasiones, ya refiriéndose á México, ya á Santo Domingo, que el gobiernonorteamericano no reconocerá ningún gobierno en aquellos países cuando no haya tenido su origen en los preceptos constitucionales. Y basta contemplar lo que pasa en México para saber lo que significa para la cancillería de Washington el no reconocimiento de que habla el presidente Wilson. Ampliando las ideas de éste y explicándolas, el senador Sherwod ha sostenido en la Alta Cámara de la Confederación, que la doctrina de Monroe, dentro del estricto espíritu de la declaración de 1823, implica el derecho para los Estados Unidos de intervenir en las repúblicas del Continente, siempre que domine en alguna de ellas un gobierno dictatorial.

La amenaza económica consiste en el dominio financiero y comercial que los Estados Unidos procuran implantar sobre todo el Continente, excluyendo gradualmente la concurrencia europea. Si el imperialismo yanqui llegara á realizar su ideal expansionista, las repúblicas ibero-americanas quedarían convertidas, como lo está hoy Cuba, en simples feudos económicos de la gran república anglo-sajona, con el corolario de la pérdida de la integridad de su soberanía política.

Si tal situación llegara á producirse, las consecuencias serían funestas para las naciones europeas, que perderían, en bene-

ficio de la Confederación norteamericana, todas las ventajas que les ofrecen los mercados latino-americanos. La nueva ampliación que el presidente Wilson ha dado á la doctrina de Monroe, oponiendo su veto á las concesiones otorgadas en la América ibérica á los capitales europeos, es la manifestación característica y grave de esta tendencia del imperialismo norteamericano.

La política yanqui, al atentar contra la independencia económica y política de la América latina, hiere los más grandes intereses del viejo mundo. Siendo ésta una verdad indiscutible, no se explica cómo las cancillerías europeas secundan los planes de Washington en el Continente americano. Sus más primordiales intereses debían aconsejarles, por el contrario, ponerse de acuerdo para combatirla, cooperando con las repúblicas latinas del nuevo Continente para oponer un dique al expansionismo yanqui.

Esta política defensiva, de carácter exclusivamente comercial, podría ser iniciada por España, no sólo por consideraciones históricas y por los grandes intereses que tiene en América, sino también por su especial posición en el concierto europeo que le permitiría dirigirse, en tal sentido, á las cancillerías de Europa, sin originar suspicacias ni recelos. Por otra parte, sus estrechos vínculos con Inglaterra, la nación que posee mayores inte-

reses en la América latina, facilitaría grandemente la viabilidad de una orientación que constituiría la única defensa eficaz que las repúblicas latino-americanas pueden oponer á la absorción económica y financiera que persigue el imperialismo norteamericano.

Desde este punto de vista puede asegurarse que la nación española tiene una grande y noble misión que realizar en el continente, que tan gloriosamente conquistó para la civilización. Su influencia en la vida internacional de la América latina se ha ejercido ya de manera altamente feliz, no sólo como árbitro imparcial, sino en Europa misma cuando, gracias á sus gestiones, las repúblicas ibero-americanas fueron invitadas á participar de la segunda conferencia de la paz en la Haya. Ejerciendo igual misión de confraternidad política y de solidaridad de raza y de intereses, puede y debe hoy asumir el papel que las circunstancias le señalan, iniciando en las cancillerías de Europa y de la América latina la política comercial de resistencia al expansionismo norteamericano, política urgente de defensa sin la cual el imperialismo yanqui aseguraría su hegemonía incontrastable sobre todo el continente de Colón á expensas de la autonomía de las repúblicas latinas, del prestigio de la raza y de los grandes intereses económicos de Europa.

JOSÉ DE ASTORGA.





SILUETAS PARISIENSES

Los periódicos menudean este año el anuncio de *ventas sensacionales* en el *Hotel de Ventas*.

¿Se acuerdan ustedes de aquel fabricante de camisetas con música, cuya quiebra causó tan profunda emoción? Pues mañana se liquidan, en el hotel de la rue Druot, la mayor parte de sus existencias, y no se liquida, al propio fabricante porque éste ha tenido buen cuidado de poner agua de por medio, bajo el pretexto de que él, en Chihuahua, estaba haciendo más falta que un cine.

Ante semejante noticia, la gente acude presurosa á la gran subasta, pensando que allí van á venderse cosas, por las que, un millonario yanqui puede dar, el día de mañana, una fortuna.

— Ah, *ma chérie!*, me han hablado de que saldrá á la venta un acordeón que perteneció á Carlo Magno, y que es una preciosidad. Toca en cinco idiomas.

Las salas y los pasillos del Hotel parecen el andén del *Metro*, en días de gran entrada, y todo el mundo se atropella, chilla, se empuja y se afana por colocarse en primera fila, por no perder detalle de la sensacional subasta.

— ¡Una chocolatera!

Los del público se miran unos á otros, con cierta malicia, como diciendo: «Cho-

colatera, ¿eh? ¡Dios sabe lo que significará ese cacharro!

Y empiezan las pujas, de tal forma, que el que está allí de buena fe, no comprende lo que pasa y cree que se ha vuelto él loco.

— ¡Carapel! ¡Si no habré yo comprendido la verdadera significación del chocolate!

El cacharro aquel alcanza una respetable cantidad de francos, y el que consigue quedarse con él, toma posesión del chismecito más satisfecho que si le hubieran concedido una cruz, libre de gastos. ¡Lo principal es llevarse á casa algo que perteneció á un sujeto cuya fuga causó sensación en París!

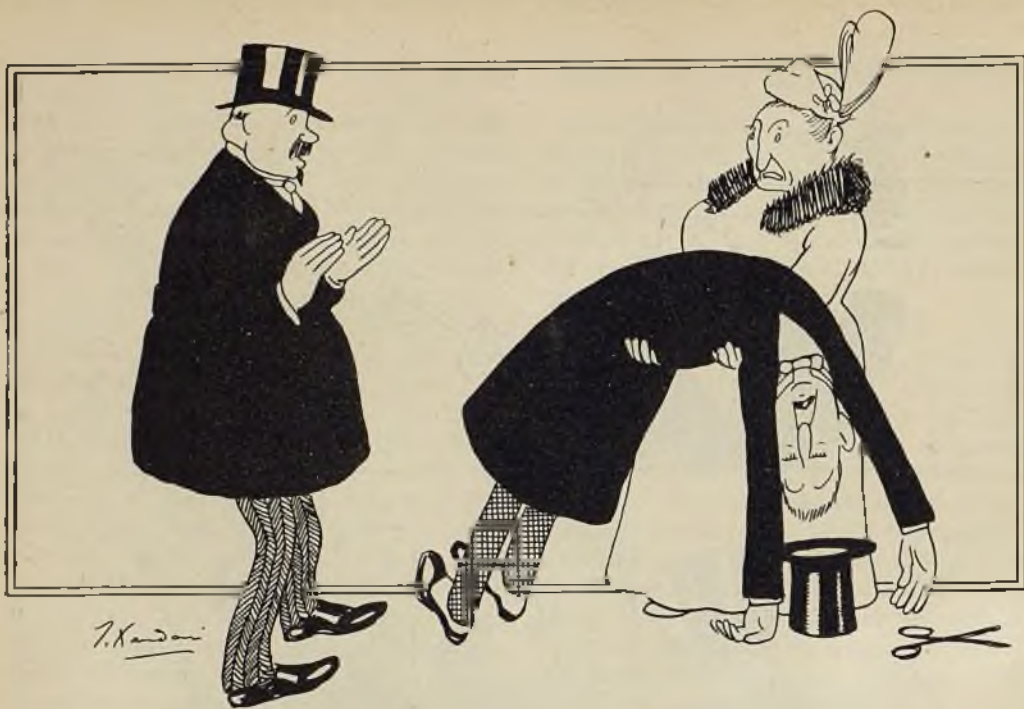
Claro está que no todos los que acuden á estas subastas lo hacen atraídos por el deseo de procurarse algo que pudiéramos llamar «histórico.» No. Los hay gangueiros, que necesitan un llan en buen uso, ó unos tirantes, ó un abrelatas, y que acuden allí á ver si lo encuentran.

— ¿Qué se vende aquí?

— Los muebles de un dinamarqués que vino á París con el proyecto de adquirir el obelisco de la plaza de la Concordia para convertirlo en un sorbete de arroz y expenderlo á franco la ración.

— ¿Sabe usted si usaba tirantes?

— Hombre, ese es un detalle que sólo sabrá su ayuda de cámara.



El ganguero se precia de ser un técnico y de conocer el verdadero valor de las cosas.

— ¡Un gabán de pieles!

— ¡A ver!

El encargado de la venta le acerca solícitamente el abrigo, y el otro le palpa, le examina, le huele y dice:

— ¡Miau!

— ¿Cómo miau?

— Sí, señor; que esto es de piel de gato. ¿Tiene usted ahí un poco de cordilla?

— ¡Cómo cordilla!

— Sí; ya vería usted cómo, con sólo acercarla a la prenda, esta andaba sola.

Como es natural, la gente que hay alrededor suyo se indigna; el voceador duda si darle o no con el martillo en la cabeza; pero él lanza miradas satisfechas como diciendo: «¡Engañarme á mí! ¡Ni Napoleón que saliera de su tumba!»

En estas ventas, es notable el encono con que los clientes se disputan un objeto, como si su adquisición les asegurase una felicidad larguísima.

— Mira, unas tenacillas para rizar el pelo. Es preciso adquirirlas á todo trance.

— Pero, mujer, si tú eres pelona y yo tengo la cabeza como si fuese una bola de billar...

— No importa. Las tenacillas ó el divorcio.

Ante semejante problema, planteado con tanta resolución, el marido transige y empieza á pujar el objeto aquel con el mismo afán que un naufrago pide un cinturón de salvamento.

— ¡Doce... doce!... ¡A la una!... Doce. doce... ¡Alguien da más?... Doce.

De pronto, otro concurrente, añade un franco más, y el pobre cillo palidece. porque, á su vez, tiene que aumentar, comprendiendo que el capricho de su apreciable esposa va á cuartear el presupuesto familiar y que los últimos días del mes se va á ver sometido á una regencia de judías, ora blancas, ora verdes, que va á ponerle de peor humor que un regaño con la portera.

— ¡Veintel! ¡Oh, adjudicadas!

El matrimonio, satisfecho, toma posesión de las tenacillas y se retira orgulloso, llevándose las, como si en vez de tan sencillo y modesto aparato, fuesen las llaves de una ciudad.

Errantes con la compra, se la enseñan al primer conocido con que se tropiezan en el boulevard, y aquél, que no sabe de dónde procede el chisme para el pelo, exclama:

— ¡Ah, sí; ya las conozco! — Mi señora compró unas nuevas, iguales, por un franco diez céntimos.

— ¡Ay! — exclama el marido — cayendo desmayado en los brazos de su señora.

Y, desde entonces, cada vez que para resarcirse de la compra se ve privado de uno de sus platos favoritos, lanza un suspiro del tamaño de la torre Eiffel.

¡Hay cada ganga en estas subastas!...

A. R. BONNAT.

Paris.



EL SENA,
CUBIERTO DE
TÉMPANOS

Los barcos
avanzan aún
entre verdaderos
campos de
témpanos.



La navegación
comenzó á
interrumpirse,
y numerosas
barcazas fueron
aprisionadas por
los hielos.

PARIS

En el lago del Bosque de Boloña

Complácenos el ofrecer á los lectores varias fotografías tomadas durante la fiesta nocturna que celebraron los patinadores sobre el lago del Bosque de Boloña. Nuestros redactores aumentaron las iluminaciones con los vivos relámpagos del magnesio, aplaudidos por los parisinos que asistieron á esta reunión mundana. Mas el peso respetable de nuestro fotógrafo provocó crujidos siniestros que hizo se dispersaran rápidamente los curiosos.

Los parisienses sonrieron, como en los años anteriores, al anuncio de una fiesta de noche para distracción de los patinadores. Todos recordaron que la mala fortuna perseguía á los organizadores de esta fiesta y que el des-

hielo destruía todos los planes. Por esta vez, los burlones se equivocaron, y los aficionados al patinaje pudieron entregarse á las emociones de su deporte favorito. Hasta que hubo llegado la noche, las parisienses estuvieron ansiosas, intrans-



*Los elegantes siguen con los
ojos las evoluciones de las pa-
tinadoras*

camino, con el fotógrafo al
frente.

Por las avenidas, cu-
biertas de automóviles, los
parisienses atravesaron el
Bosque, y nosotros no pu-
dimos escapar á la rechifla
de la multitud: un pilluelo
nos grita: ¡eh! ¡fotógrafo!
¿Dónde te has dejado el
sol? Paciencia, estamos



El hatacazo.

quilas, mirando el baró-
metro como si fuese un
personaje peligroso. No
caba duda alguna: helaba,
y helaba de firme. No po-
díamos nosotros perman-
ecer indiferentes á un
espectáculo no contem-
plado desde hacia catorce
años, y en cuanto la
noche cerró pusímonos en

*Para abordar la Isla no es
preciso barca alguna, y las
parisienses intrépidas se deci-
den á ello alegremente.*



seguros de que los curiosos no gritarán mucho tiempo; tenemos encerrado el sol en el bolsillo, transformado por esta vez en polvo de magnesio, ¡y del superior!

Sobre el hielo, las parejas bailan al son de tangos languidecedores ó rápidos valses, que las orquestas de iziganos tocan sin reposo, mientras que en la lejanía re-

suenan, de una á otra orilla, los cuernos de caza que conmueven al Bosque.

En bandadas alegres, los patinadores forman grupos graciosos en los que se destacan con sus *maillots* blancos y gorros de lana sobre los fondos de tinieblas: trátase de los verdaderos *sportsman*. Las elegantes, en traje de paseo ondulante, parejas de personajes mundanos, descienden las orillas de la diminuta isla, ahora ya aprisionada,

intentando afrontar el espejo de hielo; y en trineos improvisados y encantadores por su forma rústica, lindas mujercitas, fríolaramente arropadas, pasan, iluminando el camino con un farolillo rojo.

Las diez. Por todos lados se encienden

El lago está rodeado de curiosos, los inevitables *camelots* se encuentran también aquí, entrometidos y obsequiosos en su puesto de patines (sacados de no se sabe dónde) y el carricoche que emplean como tienda iluminado con velas que previamente colocaron en botellas vacías. Y en la Isla, el Chatelet está adornado con lámparas eléctricas. Encendidas al azar, con un desorden encantador, destacan la fronda del Bosque, que recortada también por las luces de bengala, nos muestra en la noche un paisaje fantástico ó maravilloso. El ramaje diríase puntillas blancas en el cielo, y los cipreses y pinos siluetas de gigantes.

Los que
no pagan...

El público
elegante...



los fuegos de bengala sobre el hielo; los patinadores bailan una *quadrille*; se destacan en sombras chinescas, tornando en carro fantástico. Parte un cohete para buscar el cielo, y, repentinamente, desde

cuerdo de sus glorias pasadas, despiértase, y miles de automóviles invaden la población. La multitud se precipita hacia el gran lago, y las frondas que rieron á madame de Pompadour, á Luis XIV y á la linda y desventurada María Antonieta, contemplan ahora con pena este gentío indiferente al pasado y que, locamente, corre de uno á otro extremo, alborotando con sus risas y gritos la soledad severa é invernal, en donde parece no se debieran bailar sino minués ó jugar á los atildados pastores de antaño.

Verdaderamente, no se podía haber escogido lugar más lindo para una fiesta de tal género, y sólo el espectáculo del gentío en tal sitio puede darnos la expresión de toda su belleza.

El parque de Versalles, de forma tal que la mayor parte de sus avenidas, estanques y rincones encantadores pueden ser vistos á la vez, por haber sido dispuesto en planos sucesivos y despejados, ofrecia un conjunto grandioso y, al mismo tiempo, contrastes admirables.

Así, junto á una estatua de Diana Ca-



Pareja de patinadores

lo alto de las islas, saltan miles de chispas, cascadas luminosas, girándulas de fuego; ábrese hermoso ramillete de grandes flores rojas y violetas, y cuando sus últimas chispas se apagan, queda todo en la oscuridad y el silencio.

Alrededor de las estufas, que no se encienden en la población sino para que se calienten los pobres sin lugar en donde refugiarse, los parisienses elegantes se agrupan. Sobre el hielo, algunas parejas obstinanse en valsar, mientras en los árboles los últimos farolillos arden, para ser al fin arrastrados por el viento glacial.

Pero no solo París disfrutó de estas diversiones invernales, y en todas las grandes poblaciones de Francia ha habido fiestas animadísimas.

Versalles, la ciudad abismada en el re-



Una "Quadrille"



Un trineo.



En el "chalet" de las Islas.

entusiasmo que anima el corazón de los jóvenes enamorados, los empuja por el camino de la iglesia. Y es que se asiste al retozo de una juventud feliz y con la imaginación llena de ensueños, que sin duda trata de atrapar poniéndose los patines, para volar como sus deseos.

Si las estatuas pudieran meditar y ver, al contarse

zadora, fatigada por el excesivo ejercicio, una mujercita de vestido amorosamente ajustado, se reclinaba en el pedestal, siguiendo con los ojos brillantes y la boca aún anhelosa y entreabierta las evoluciones de amigos, hombres y mujeres, en furiosa pelea sobre el hielo del canal.

En una tarde así, cuando el cielo plomizo nos niega hasta su sonrisa y el suelo cruje debajo de los pies, nos sentimos impulsados más que nunca hacia estas mujercitas, temerosos de que su excesiva por turbulencia les ocurra un accidente.

Como en el baile, los galanes más tímidos sienten la lengua más expedita, en zárzásen las palabras y, á pesar del viento helado que azota las sienes y en rojece el rostro, la charla continúa animada.

Puede apostarse, sin riesgo á perder, que el frío, en ocasiones tales, lejos de apagar el

las impresiones de la jornada, no podrían menos de sonreír, comparando las declaraciones que hicieran á sus pies las marquesitas de Luis XV y los modernos deportistas que hoy corrieron par el canal.

Paris cubierto de nieve no presenta el mismo aspecto que las demás capitales. Aquí, siguiendo la costumbre que agrupa los placeres y los centros de tra-



El Bosque de Boloña durante el día.



El Bosque de Boloña durante el aia.

hajo, la gente va á determinados sitios en estos días nevados, como el Bosque de Boloña. Fuera de tales lugares, la población presenta un aspecto triston, y el silencio, tan amado por los franceses en cuanto se ven en su casa, apodérase en estas ocasiones de los grandes bulevares y de las más ignoradas callejuelas, dejando á la población como vacía.

En Madrid, el gentio gusta de contemplar en tales días el Buen Retiro y otros sitios semejantes, pero esto no impide que haya por todos lados gran animación y que los chiquillos, con sus juegos, hagan sonreír complacido al transeunte, que sin duda debe sentir también deseos de intervenir en estos entretenimientos.

En París no se ven jugar á los chicos en la calle, y como la mayor parte de los tranvías no puede hacer su recorrido habitual, la inmensa mole de casas pesa

sobre el ánimo de los parisienses, que encuentran la capital excesivamente solitaria.

Sin embargo, por la noche, los cafés hallanse más iluminados que nunca; pero la gente huye al Bosque de Boloña, deseosa de contemplar el hielo y la nieve en todo el esplendor de su blancura cegadora, sabiendo que no podrán disfrutar de las maravillas de un paisaje de Nacimiento sino breves horas.

La nieve ya ha desaparecido de los tejados y calles de París; hasta nosotros llega el lejano rumor de los tranvías y el trompeteo de los automóviles; la fiebre del trabajo volvió á apoderarse de este pueblo de hormigas, y si se mira á través de los cristales, no se ven sino personas que corren con enormes carteras repletas de papeles debajo del brazo. El frío nos devolvió París, el París que conocemos desde hace catorce años.





RETRATO DE SASTRE

Este notable cuadro fué pintado por el célebre Moroni



Gran iglesia de Santa Elena.

CRÓNICA DE LONDRES

□ □ □

LAS IGLESIAS X ANTIGUAS X

HAY en esta gran ciudad donde somos extranjeros, rincones que tienen el encanto de nuestra villa provinciana: los mismos árboles claros en una glorieta de azoguejo; la misma sombra azul de los muros herrumbrosos en las mañanas de sol; las mismas torres cuadradas y humildes; el mismo resonar de campanas musicales al alba y al mediodía y cuando el sol se pone trocando en ascuas las veletas. Parece que el alma secular de la ciudad se perpetúa en esos rincones, flota en ellos como un hálito del pasado, y como un perfume turbador nos sugiere todas las visiones de nuestra infancia pretérita. Cerca hay tiendecitas de anticuarios, ó una cerería, ó un sastre

que vende ropas lalares, ó un anciano relojero que ejerce su arte esotérico, con una lente sobre el ojo, bajo la luz de una lámpara. Y el estrépito urbano nunca llega hasta ellos sino diluido en los ruidos que forman la voz familiar de la ciudad desde hace siglos: música de carillones, trepidar de una carroza sobre el empedrado arroyo, pregón de los vendedores ambulantes, estruendo remoto de la artillería real, que dispara las salvas en una fiesta solemne. Son las iglesias antiguas las que irradian esa paz por todas las cercanías, ese olvido de hoy y esa indiferencia por el mañana; las iglesias antiguas, viejos navíos que han resistido la corriente del tiempo y parecen anclados en la eternidad. Y tan



San Bartolomé.

hospitalarias son, con tal muda cordialidad os acogen, que imagináis cálidos aún todos los rezos que han resonado bajo sus naves, viva aún el ansia de infinito que tantas generaciones han venido á aplacar en ellas...

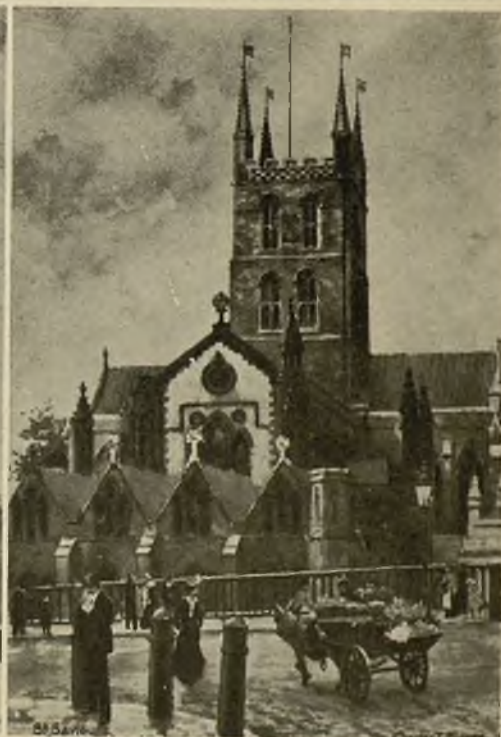
Los peregrinos acudían á esta iglesia de Allhallows, cerca de la torre de Londres, á rezar ante el altar mayor, bajo cuyas piedras reposaba el corazón de león del rey Ricardo. Edificóse en el siglo XIII en medio de la Judería. Allí se solemnizaron entre cánticos de gloria los triunfos de su fundador, el rey Eduardo I. Los pescadores, los marinos, los piratas de las riberas del Támesis, habían cubierto los muros de lámparas votivas. ¡Y ahora se muestra tan romántica en su desamparo! Si la recorréis en silencio, vuestros pasos resuenan sobre las piedras gastadas. Y cuando delectéis un nombre grabado en una lápida mural, un nombre vulgar de un burgués, de un oficial, de un capitán de arqueros, tal vez — Tomás Pilke, que yace con su mujer y sus tres hijos — muerto en 1392, del fracaso de vuestra vanidad fluye para el muerto desconocido una fraternal simpatía. Un



Iglesia de San Gil en Cripplegate.



Iglesia de Allhallows Barking.



*Santa Olivia-Harl Sreet.
Santa Catalina-Leadenhall St.*

*Allhallows on-the-Wall-London Wall.
Catedral de San Salvador.*

poeta hidalgo, el conde de Surrey, duerme también allí su último sueño. El caballero de Armac Ayner, gobernador de los pajes de honor de Enrique VIII, reposa en una de las capillas polvorientas. Sobre sus estatuas funerarias, los siglos han pasado dejándolas indemnes. Y como el vitral de una ojiva se rompió ha tiempo, en lo alto de una capilla las golondrinas legendarias hacen su nido en primavera.

Más pobre aún, esta pequeña iglesia de Santa Ethelburga, que las casucas vecinas han ido ocultando poco á poco, alza apenas su rosetón, como una pupila curiosa asomada al tráfago de la calle, sobre la tiendecita de un señor Robinson que vende anteojos. Por una portafada como de mesón castellano se entra á ella. Y un viejecito que no pide limosna, pero que os la toma si la dáis, cuenta que antaño hubo monjas en la casa contigua, y os ofrece la historia de la hija del rey Ethelbert, que fundó el templo en el siglo XIV, allá por el año 1366.

El jardín de Santa Elena no está lejos. Jardín conventual, con arriates entre las tumbas y una bandada de palomas que á la voz familiar del jardinero abate el



Santa Maria.



San Magnus Martir-From Fish St. Hill.

vuelo en torno suyo. Y un poco más adelante, la iglesia de Santa Catalina Cree, donde Holbein está enterrado, y tan antigua que sus cimientos se pusieron en 1280. ¿Quién osaría evocar las fiestas de comediantes que en su patio, tan melancólico y silente ahora, se celebraron durante el siglo XV? Y, sin embargo, Malcolm habla de ellas. La farándula alegre se instalaba á la sombra del paredón eclesiástico, y entre los árboles añosos alzaba el tinglado de sus farsas. Los histriones pagaban veintisiete chelines por la licencia. Hasta el abad de Barking venia á solazarse viéndolos, con pretexto de amonestarlos. El lunes de Pascua predicábase el sermón de las flores: sobre el púlpito se habían esparcido rosas; cada feligrés ofrendaba un ramo á Santa Catalina... Y toda esta historia amable de histriones, entre cuyos pecados brotaban las florecillas de la piedad; de clérigos obesos; de fieles pintorescos, córtase bruscamente en el episodio del obispo Laud que, por orden del rey, salió de la iglesia, entre la multitud aterrada, para el cadalso.

La iglesia de San Gil alza su torre cuadrangular en la paz de un huerto abando-

nado, con raras arboledas y húmedos cuadros de césped. Un día de agosto de 1620 un mozo, de veinte años desposó en ella á Elisabeth Bouchier, doncella de dulce y lívida apariencia. Fue una boda de menestrales; cortejo de artesanos y burgueses modestos, que iban á celebrar con un yantar el desposorio. El novio era un mancebo mesurado, discreto, parco, para su edad, en palabras. Andando el tiempo llenó con su nombre el mundo: se llamaba Oliverio Cromwell. Milton está enterrado allí; hay una estatua del poeta y una vidriera de colores que habla de él. Y la bella y famosa Constanza Whitney, por la que tantos caballeros anduvieron á estocadas mediado el siglo xvn, tiene también allí su monumento funerario.

Y esta melancólica iglesia de San Olave! En el año 1319 existía ya. Los códices de la época refieren que el prior y los hermanos de la Santa Cruz pagaban al rector dos marcos de plata anuales. Están aquí los huesos de John Menes, marino y trovador, autor de baladas que las muchachas de Londres recitaban hacia 1656. Y San Olave es una iglesia de balada ahora, con su silueta irreal entre la niebla, con su patizuelo azul en los días claros, lleno de caminitos que no van á ninguna parte y por los que, sin embargo, vuestro corazón se pierde en insondables lejanías; su patizuelo azul y húmedo, desde el que, en el cla-

rio no son los vencejos, sino las gaviotas las que voltujan en torno á las veleas, que os dan con esto no sé qué ilusión de mástiles de navio. Ya he contado la leyenda de Mary Over, que la fundó en el siglo xi. Y tantas generaciones como la han reformado, dejando algo de su espíritu en ella! John Gower, famoso poeta y aventurero, tiene su cenotafio en un rincón. Fletcher el dramaturgo quiso también ser enterrado en San Salvador. En un modesto sepulcro fué inhumado un pobre muchacho comediante, el día 31 de diciembre de 1607: era Edmundo Shakespeare, hermano menor de Guillermo, á quien éste mostraba un afecto apasionado. Había trabajado en escenarios oscuros y mediocres, merced á la protección fraternal; y el amor agotó precozmente una vida que era inútil para el arte.

Los cómicos del Globo Teatro que Guillermo dirigía, los clérigos, los amigos del dramaturgo, formaron un cortejo solemne que los vecinos del puente de Londres vieron pasar asomados á sus ventananas, en aquella tarde invernal. Y cuando los histriones y las comediantas se hubieron retirado, Guillermo Shakespeare quedó de hinojos en la nave desterta. Acaso muchas veces volvió á San Salvador, bajo este mismo vitral en que el sol de la tarde enciende monstruosos berillos y carbunclos y topacios color de miel. Y tal vez, en este mis-

mo sitio donde podéis estar ahora, él, que había hecho vivir tantas tragedias magníficas, rezó y soñó y lloró, por el dolor doméstico y humilde del pequeño hermano muerto.

Londres, enero 1914.

JUAN PUJOL.



San Ethelburga Bishopsgate Street.

rar postró del ocaso, la torre parece tan rosada y tan amarilla.

Pero de ninguna gustaríais tanto como de la de San Salvador, en los alrededores del puente de Londres. Como está cerca del



El búfalo es el único animal que puede trabajar en los campos sembrados de arroz, muchas veces cubiertos de detritus y plantas de todas clases. Dicho animal presta innumerables servicios a los chinos y japoneses, que deben su diario sustento a los extensos arrozales que cubren la superficie de los Imperios del Sol.

CULTIVO DEL ARROZ

QUIÉN no conoce el arroz, ese maravilloso fruto cuya planta es de la familia de las gramíneas y de la tribu de las oríceas (*oryza sativa*), según la terrible terminología de los botánicos?

El arroz, plato nacional de la China y del Japón, como sabéis, es acaso el fruto susceptible de más diversas preparaciones culinarias, y cuentan que Alejandro Dumas, que era un consumado *gourmet*, tenía debilidad por él. El arroz a la turca con su sabroso caldo de carnero y ro-

ciado de manteca entusiasmaba al autor de *El Conde de Montecristo*. El que esto escribe, confiesa su admiración por el arroz a la valenciana, que tiene muchos partidarios, como el arroz a la zamorana, al marrasquino, con fresas, con leche, con naranja y hasta el arroz a lo calfe, que se cuece con aceite frito en una sandía a la que previamente se despoja de toda su roja carne y después se entierra en cal viva.

Sólo esta variedad de platos reducidos



En la China y el Japón, las mujeres trabajan más que los hombres en las faenas del campo, y especialmente en la recolección del arroz, plato nacional de aquellos países. Nuestra fotografía representa el momento en que el arroz, ya segado, va á ser llevado fuera del arrozal para las operaciones sucesivas.



En los arrozales del Japón, el trabajo se hace en los pantanos en que se cultiva esta planta; así es que resultan muy penosas las operaciones de cultivo. Esas pobres mujeres, con los pies hundidos hasta las rodillas en el agua, producen una sensación de sórdida miseria.

á un común denominador: el arroz, merece el elogio de todo amante de la buena mesa, desde un Brillat Savarin, hasta el más humilde campesino japonés.

DICE LA MITOLOGÍA...

El arroz tiene un origen poético, según la tradición budista. El dios Siwa hizo un día una mujer tan encantadora que le puso el lindo nombre de Retna-Dumila — lindo para oídos que no sean españoles — y que significa *joya destumbrante*.

Tan bonita era la joven, que su hacedor se enamoró de ella como cualquier miserable mortal y, convocando á todos los dioses de menor cuantía, les dió cuenta de su proyecto, que fué aprobado por aquéllos, pero Retna-Dumila impuso como condición, para conceder su mano á Siwar, que éste le diera un manjar que nunca se cansase de

comerlo. El dios ofreció á su amada los manjares más exquisitos, pero ¡ay! al cabo de cierto tiempo la *joya* los encontraba insoportables.

Entonces Siwa envió á la tierra á su dios favorito con la esperanza de que fuera más afortunado que él; pero — flaquezas de los dioses budistas — el enviado de Siwa, en vez de buscar el manjar para Retna-Dumila, se dedicó á cortejar á la esposa del dios michnú, la cual, molestanda por las súplicas del rendido galán, lo convirtió en jabalí.

Siwa, cansado de esperar tanto, decidió casarse á la fuerza con la *joya destumbrante*, la cual murió en el momento en que tal deseo surgió en la mente del dios.



Todas esas mujeres, en cuyos rostros macilentos se adivina la huella del mucho trabajar y del poco comer, forman un equipo de labruegas japonesas que se dedican al cultivo del arroz. Algunas descansan sobre los haces dispuestos para la trilla, y miran con ojos envidiosos al objetivo de la máquina fotográfica.



La fotografía nos ofrece la visión de los extensos arrozales de la China.

Cuarenta días después se observó que de la lumba de la doncella brotaba un resplandor extraño rodeando á una planta desconocida. Esta planta es el arroz.

CULTIVO DEL ARROZ

El arroz necesita más humedad que la mayor parte de las plantas, así es que el terreno en que haya de cultivarse ha de tener cal para que neutralice los ácidos producidos por las fermentaciones. Esta es la razón de que, para el cultivo de la preciosa planta se escojan terrenos pantanosos, hecho que ha determinado frecuentes disturbios á causa de las enfermedades con carácter endémico que han padecido los habitantes de las regiones cubiertas de arrozales, por lo cual los poderes públicos han legislado debidamente este asunto.

Sin embargo, no dejando que se estan-

que el agua, y evitando la descomposición de materias orgánicas como corolario de aquel estancamiento, se puede cultivar el arroz sin peligro alguno.

El mejor terreno es el calcáreo-silíceo-arcilloso, sin que haya, no obstante, gran cantidad de arcilla, porque impediría en gran parte la humedad necesaria para el desarrollo de la planta. Además, el arroz exige calor y luz; es decir, una temperatura media de 19 grados y mucho sol, ó sea un total de 3.000 grados en los 160 días que tarda el arroz desde que germina hasta que fructifica, periodo que los agrónomos llaman *ciclo vegetativo*.

Los terrenos que no reúnen estas condiciones pueden abonarse siempre que sean pantanosos y tengan luz y calor suficientes.

Una de las fórmulas más aceptada por los agrónomos es la siguiente (por hectárea):

Nitrato de sosa . . .	75 kilogramos.
Superfosfato de cal . .	20 "
Cloruro potásico . . .	30 "
Sulfato cálcico . . .	20 "
Total . . .	145 kilogramos.

Una vez que se tiene el terreno en las condiciones exigidas, se divide en bancales con dos orificios, uno para la entrada y otro para la salida del agua, la cual debe tener constantemente una altura de 6 á 8 centímetros.

También se cultiva una clase de arroz llamado *de riego eventual* ó *de seco*, en el Japón y en la Carolina del Sur, que hay que cultivar haciendo labores semanales de cava y arado.

La mejor época para sembrar el arroz es el mes de abril. En julio, antes de la floración, se despuntan los tallos que hayan crecido excesivamente para que espigue con regularidad.

Quando las espigas están doradas se procede á la recolección, que suele empezar en el mes de agosto. La siega de esta planta se hace en la misma forma que el trigo, y como éste, se trilla y aven-

ta, operación que se practica dos veces, á fin de que el grano quede perfectamente separado de la paja.

Queda, por último, la operación de descascarillar el grano, lo que se hace

en molinos especiales, cuyas piedras tienen metro y medio de diámetro por treinta y cinco centímetros de grueso.

Luego de esta operación el arroz solo espera... que se lo coman los aficionados.



Ese ejército de hombres y mujeres coolies forman una expedición que lleva el arroz á la próxima estación para exportarlo. Ya se sabe que el Japón y la China son los países más productores de la preciada planta.





LA DOGARESA

Cerca del Lido, entre cabañas de pescadores, notábase el albergue de los "Sombrios" por sus cuatro ventanas cerradas siempre.

LA DOGARESA

I

HABÍA en Venecia una familia de *condottieri* llamados los «Sombrios», por sus modales taciturnos y el retraimiento en que vivían.

Cerca del «Lido», entre cabañas de pescadores, en el barrio más pobre y de peor fama, notábase el albergue de los «Sombrios» por sus cuatro ventanas, cerradas siempre, y por su ancha y maciza puerta de nogal, custodiada día y noche por un fiero mastín.

Los «Sombrios», desde los tiempos del primer Dux, alistábanse en las banderas de la Señoría, nunca llevando menos de cien hombres, escogidos entre la plebe de su barrio, y siempre con ventajas y preeminencias de capitanes con bandera y fuero.

Corrían los maravillosos años de Lorenzo el Magnífico, y desde Nápoles al

Milanesado, la divina tierra de Italia era un festín y una opulencia. Génova, Pisa, Siena, Florencia, las pequeñas repúblicas comerciales, se envilecían y desmoronaban, invocando á Fiammetta entre las desnudeces del Decameron. Los artesanos eran comerciantes; los comerciantes, caballeros; los caballeros, príncipes; los príncipes, emperadores. Holgaban los talleres, convertidos en gineceos de baja estofa; cerrábanse las tiendas, transformadas ocultamente en palacios, y en éstos, donde la suntuosidad adquirió formas de locura, se iniciaron aquellas fiestas de esplendor y de maravilla que años más tarde, entre los cardenales de Bianca Capello, consignara ardientemente Bouchard en su famosísimo *Diario*.

Entre tanta y tanta liviandad, solamente Venecia se conservaba incorruptible. Peleando con los de fuera, sus flotas, indistintamente, se aliaban por el Papa contra el turco ó por el turco contra el Papa.

Peleando con los de dentro, el famoso León, de los Diez, recogía en su garganta de piedra el horror de las delaciones, y las barcas, abarrotadas de prisioneros, cruzaban á la media noche bajo el puente de los Suspiros.

Por entonces regía la familia de *condottieri*, Pablo Lenzuoli, cuyo perfil gallardo y fuerte tenía la hermosura noble de Endymion.

Hecho á las armas, como el lebrele á la cacería, todo su mundo era la lid. El solar de los Lenzuoli componíase, á la sazón, de cuatro hermanos, sobre los cuales, Pablo, tenía patria potestad. Los otros tres, Lorenzo, Héctor y Julio, prestaban su pericia y brazos en las flotas del dogo Emilio, mientras Pablo, oculto en su casa, organizaba misteriosamente las compañías, suministraba pólvora y mosquetes, ordenaba el calafateo de galeras y, sin dejarse ver de nadie, era el alma y los ojos de aquellas flotas.

Gozaban los «Sombrios», pues, de gran prestigio popular. Rudos, austeros, sobrios, infatigables, habitando en el corazón del Lido, entre la plebe, más de una vez el pueblo veneciano quiso elevarlos al Consejo, y vincular en Pablo Lenzuoli el cargo popular de los Potestá. Mas siempre los Lenzuoli rehusaron las exhibiciones y las pompas, como si en ellos se encarnara el viejo espíritu veneciano, mezcla de asceta y comerciante, de soldado y místico.

Por entonces prodújose en la ciudad un descontento, cada vez más creciente, por haber introducido el dogo los usos refinados y decadentes de los estados milaneses y florentinos. El palacio de las Señorías, emulaba y aun superaba en esplendores á la maravillosa corte de los Médicis. Los senadores rodeáronse de brillantes séquitos; una falange de pintores, músicos y poetas invadió la ciudad como una plaga. Y en la solemne ceremonia del Bucentori, cuando las simbólicas bodas de la Señoría con el mar, el viejo dogo Emilio desplegó una suntuosidad alarmante.

Cundió inmediatamente el descontento público, particularmente en el barrio de los «Sombrios», y hubo, durante varias noches, grupos sospechosos, que, embozados y con linternas, recatándose de las guardias y conspirando, entraban y salían en el albergue de los Lenzuoli.

Cierta noche de luna, un pescador que aparejaba su barquilla, vió salir del albergue á Pablo. ¿Dónde iba Pablo Lenzuoli,

solo y en riesgo de ser preso por las patrullas de los Diez? El pescador, tras amarrar las velas, orilló apresuradamente la barca y, temeroso por la vida del que consideraba como su caudillo, echó á andar tras de Pablo por el camino de Florencia.

II

Eran los días evangélicos de *tièpidi* y *piagnoni*, de los tibios y de los que lloraban. Los días en que resurgió Florencia al conjuro de Savonarola, como otra Sió, á la palabra de Jesús, ó como otra Atenas, ante el *Deux ignotus* de San Pablo. Los días en que sobre tanta corrupción y escándalo parecía cernerse sobre la ciudad el profético espíritu del Apocalipsis.

Por la gran plaza de San Marcos circulaba el gentío silenciosamente.

Una compañía de soldados, con sus corazas y arcabuces, rodeaba un pequeño púlpito, donde, bajo un dosel con rosas de damasco, se erguía, entre sus hábitos de dominico, la testa con cerquillo del predicador.

Confundido entre la muchedumbre, Pablo Lenzuoli, más sombrío que nunca, escuchaba el sermón de Savonarola.

— ¡No puedo más! Las fuerzas me faltan. No duermas, ¡oh, Señor! en esa cruz. Escucha estas oraciones *et respice in faciem Christi tui*. ¡Oh, gloriosa Virgen! ¡Oh, santos! Rogad por nosotros al Señor.

Pablo Lenzuoli, bajo su coraza mesnadera, sentía renacer su austeridad de soldado y místico. La palabra flageladora del ardiente apóstol, describía el horror de las corrupciones, la afrenta del lujo, el estigma infamante de todas las concupiscencias italianas.

— ¡Desgraciados! ¿Qué hacéis? ¿Cómo vivís, desde que amanece hasta que anochece, ofendiendo á Dios? ¿Qué será de ti, ¡oh, Patria! Por tu escándalo y liviandad serás borrada del rango de las naciones. Pueblos hambrientos como leones llegan hacia ti, y la mortandad será tan grande, que los sepultureros gritarán por las calles: «¿Dónde hay muertos? ¿Dónde hay muertos?»

La muchedumbre, escalofriada, no se movía; respiraba apenas. Pablo Lenzuoli recordó las fiestas suntuosas del Bucentoro, el séquito magnífico de los Diez, las góndolas de oro y marfil en que la dogaresa pasaba, triunfalmente, bajo los puentes del Rialto, lánguida, caprichosa y



Pablo Lenzuoli, desluznabalo, apenas vio entre los collares un cuello de paloma.

frágil, junto al dogo Emilo, como Cleopatra junto á Marco Antonio.

Entonces, viva y lacerante, le traspasó el dolor por su patria. Venecia se le aparecía suntuosa y liviana en sus bacanales de señores, mientras el pueblo se moría de hambre en sus cabañas pesadoras.

Retumbaba la voz de Savonarola:

— ¡Oh, Roma! Haz penitencia. ¡Oh, Venecia! ¡Oh, Milán! ¡Haced penitencia!

Y Pablo Lenzuoli, atravesando por entre el gentío como un corcel encabritado, emprendió su retorno al Lido, cuando en las torres de Santa María de Fiori se ponía el sol.

III

Aquella noche, en el albergue de los «Sombrios» se organizó con rapidez el alzamiento. Pablo dispuso el plan y todos le acalaron sin objeciones. Distribuyéronse diez grupos de cincuenta hombres que habían de atacar, al amanecer, los diez puestos de guardia de la ciudad.

A la misma hora del alba, Pablo Lenzuoli, con sus tres hermanos, al frente de una compañía de arcabuceros, se presentaría ante el dogo, intimándole la rendición. Se le confiscarían los bienes para repartirlos á los pobres. Se venderían todas las riquezas de todos los palacios de la Señoría, separando el quinto de las flotas, y un gobierno de diez vecinos, con oficio, sustituiría al de los diez ociosos senadores. El espíritu de la rebelión era de austeridad, de sencillez y de patriarcalismo. Había que volver por el alma adusta y varonil de la Venecia que soñó Faliero y que predicaba Savonarola...

De repente llamaron á la puerta, y todos los conspiradores se pusieron, como á un conjuro, el antifaz, requiriendo los gavilanes de sus aceros. Pablo Lenzuoli, de un soplo, apago la luz. Arreciaron los golpes y, entre un silencio trágico, se oyó decir:

— ¡Abrid, en nombre de la Señoría!

Horas después, el carcelero de los Plomos aposentaba á Pablo Lenzuoli en un subterráneo. El caudillo, como un león en su jaula, se revolvía entre imprecaciones, convulso, jadeante de humillación y rabia. Golpeaba las paredes húmedas, hacía resonar lúgubrementes la maciza puerta, se arrastraba penitencialmente en las losas. Y ya fiero, ya desalentado, era una sacudida de furor y de maldiciones, pensando en las orgías del Dogo, ó bien un

rendimiento de sollozos, recordando el sermón de Savonarola.

Tirado por los suelos, pegó la cara al frío de las losas, y así permaneció gran rato, sin ver, sin oír, sin recordar, en un marasmo, como si no viviera. Luego fué lentamente recobrando los sentidos y comenzó por escuchar el ruido de las aguas, que lamían los fosos del subterráneo y el remar de las góndolas, cruzando bajo el puente de los Suspiros. No había salvación. Estaba en los Plomos... Ya no pensaba: — ¿Qué será de mí? », sino « ¿qué será de Venecia?... »

Sintió pasos y hablar de gente. Rechinaron llaves y cerrojos. Se entreabrió la cerrada puerta y asomaron dos pajes con antorchas. Pablo Lenzuoli, de un salto, se puso en pie y recobró su continente varonil y adusto.

Una voz anunció con solemnidad:

— ¡La dogaresa!

Y un perfil fino y lángido, con su túnica blanca, ajustada de un ceñidor con diez esmeraldas, apareció entre los dos pajes. Era rubia, infantil y triste. Venía como fatigada por tanta joya y entre las dos antorchas de los pajes, resplandecía de oro y piedras, como un sol.

Pablo Lenzuoli, destimbrado, apenas vió entre los collares un cuello de paloma y unos ojos mansos y tímidos. Ella, al verlo, no supo qué decir. Y su fragilidad ingenua quedó como prendida en aquella robusta plenitud. Contempláronse largamente, con avidez, como si antes se hubieran visto muchas veces; como si antes, muchas veces, se hubieran tenazmente descado.

Trabajosa, laboriosamente, hubo ella de recordar quién era y á lo que venía, y él, su situación trágica y la razón de estar allí. Ella venía á ejercer el derecho tradicional de las dogaresas, de visitar á los caudillos de rebelión, para indultarlos ó condenarlos, según su voluntad suprema. El podía ser indultado ó condenado, según esta suprema voluntad. Y entonces, en el nido de su corazón, revolaban los pájaros de la esperanza. Aquella niña, esbelta y triste, tenía entre sus manos, como un verdugo, la vida ó la muerte.

No más de unos segundos se miraron, y ya el séquito de la dogaresa comenzó también un diálogo con los ojos. Las damas, unas á otras, se decían sospechas cortesanas; los senadores, el gonfaloniero, hasta los pajes, echaban por los ojos re-

ficencias. Un canciller, de luengas barbas, se interpuso entre la dogaresa y el caudillo:

— Está para acabar la audiencia. Urge que resolváis, señora.

Como si despertara, la dogaresa, lentamente, entreabrió los ojos. Luego, miró ofendida al canciller. Luego acercóse á Pablo, sacó de la escarcela un pliego y, vuelta al séquito, exclamó:

— Resuelvo el perdón. Proponed el perdón, y Dios sea alabado.

Hubo una pausa tan profunda, que se oía el chisporroteo de las antorchas y el roce de las sedas y terciopelos. El séquito, pasmado, no respiraba. Pablo Lenzuoli, miró á la dogaresa, que sonreía. Por fin, el canciller, áspera y desabridamente, habló:

— Se propondrá el perdón, señora. Mas es fuerza advertiros que el reo Pablo Lenzuoli no tiene méritos en gracia.

— Tiene — exclamó la dogaresa — servicios eminentes á la Señoría.

— Servicios de mesnada y sueldo, señora — arguyó, despectivamente, el canciller.

— Pablo Lenzuoli sirvió á la Señoría; pero sirvió también al Papa. Sirvió, como un soldado, á todo el que pagarle quiso. No ha servido á su Patria, sino al dinero...

Como un tigre lanzóse Pablo al canciller, que le fué arrancado de las manos á viva fuerza. Diéronse gritos, acudió la guardia, lleváronse á la dogaresa, desvanecida, y otra vez, la ferrada puerta sepultó al caudillo en los umbrales de la eternidad...

Tirado por los suelos, ahora lloraba como un niño, clamando sin cesar:

— ¡Dogaresa mía!...

IV

Noticioso del caso, el dogo hizo grandes extremos de furor contra Lenzuoli, redoblando las guardias de su esposa, á quien su amor senil tenía de ordinario como encarcelada.

El canciller, que aborreía á la dogaresa, pintó la escena de los Plomos en términos tan vivos y elocuentes, que el viejo dogo apresuró la ejecución.

Y así, en la misma madrugada, fué sacado Lenzuoli del subterráneo y conducido á la góndola funeral, llamada de este nombre por transportar los reos de muerte.

Dormía la ciudad, en la quietud de sus canales, igual que una matrona en las aguas quietas de un baño. Alta y serena iba la luna, plateando la aguja del Campanile, la galería ojival del Dux, y las alas de los leones de San Marcos. No se oía sino el rumor de algún batel atracando á un palacio obscuro, ó el soñoliento grito de los centinelas en los Plomos. De la parte del mar llegaban, muy confusamente, voces de marineros, preparando sus barcas para la pesca.

En el silencio trágico de la noche, rechinó la ferrada puerta de los Plomos y un piquete de arcabuceros, con antifaces, aguardó entre antorchas. Lentamente, en silencio, como la Muerte misma, avanzaba la « góndola funeral ». Traía diez remeros enlutados; en su proa, al remate del esquife, sonreía una calavera siniestramente; y sobre los cojines, también negros, Pablo Lenzuoli, encadenados los pies con grillos, cruzado de brazos, erguía su cabeza altiva, con un perfil de Prometeo...

Frente á él, viejo y cinico, como Poseidón, el dogo Emilo, en lugar del tridente, ostentaba un pliego cerrado.

Entraron los arcabuceros en la góndola, y á una señal muda del dogo se deslizó el cortejo funeral sobre las aguas del Rialto...

Entretanto, la dogaresa pasó toda la noche en agonía. Espiada hasta en sus gestos por los esbirros, determinó retirarse á su camarín, donde una de sus damas la esperaba ya. Apagadas las luces, guiáronse las dos á tientas y lograron dar con la puerta del salón secreto. De allí, cruzando estancias deshabitadas, dieron por fin en la galería ojival, por una de cuyas ventanas les llegó el frío del Canal Grande...

¿Qué vió la dogaresa niña, sino el cortejo funeral de su amor de una hora?

El frío de la madrugada le hizo temblar bajo su túnica de seda, y los hachones de la góndola anunciáronle el luto de su corazón. Por debajo de sus balcones distinguió aquel perfil de Prometeo, ofrendándole ahora su muerte como antes la ofrendó su vida. Hubo la dama de acogerla, porque cayó al suelo, tronchada, como una flor.

Cuando ya el Campanile, repicando, anunciaba el día, y las palomas revoloteaban sobre las torres, aún seguía la dogaresa títritando bajo su túnica y de codos en la ventana, mirando al Canal...

V

La ciudad toda jùntase en la orilla. Se oye el ronco pregón del gonfaloniero anunciando al dogo, con la maravilla de sus armas, relumbrando como custodias al sol levante.

Detrás, más blanca que una muerta, más frágil que una flor, más triste que un amor sin esperanza, pasa la dogaresa entre su séquito. Y luego, entre soldados con arcabuces, enlutado y con antifaz, pasa el verdugo de la Señoría...

Sobre el tajo, fría y sudorosa, ha puesto su cabeza Pablo Lenzuoli. La ciudad se arrodilla. El dogo, ferozmente, da la señal. Y cuando el hacha trunca aquella testa de héroe vencido y de amador infelizmente, la dogaresa ve, á lo lejos, volar una paloma, como un alma.

El pregón del gonfaloniero suena lúgubre, sobre el pueblo y sobre el mar:

— ¡Esta es justicia de la Señoría!... ¡Justicia de la Señoría!...

CRISTÓBAL DE CASTRO.





Menlik á la puerta de su palacio en un día de fiesta

En la corte de Menelik

UNA vez más, los periódicos hablan de la muerte del emperador de Abisinia, Menelik. Nada se sabe de cierto, pero creemos interesante recordar algunos detalles curiosos acerca de este conocido personaje.

El palacio del emperador, rodeado de tres recintos, que albergan una población de 10.000 personas (obreros, soldados ó domésticos) se encuentra emplazado en el punto más culminante de una altura, en el centro de la población.

Los caminos que hasta él conducen son muy abruptos, y carruaje alguno no puede transitar por ellos. Los torrentes, en la misma población, cortan frecuentemente el paso, y únicamente las mulas, sobre las cuales se pavonean los personajes de calidad y los europeos que no quieren perder su prestigio, permiten atravesarlos, aun á riesgo de caer.

En cada una de las puertas de los tres recintos del palacio, se estacionan grupos de soldados con el fusil presto á defender la inviolabilidad del palacio, porque únicamente los jefes militares y los invitados conocidos entran sin dificultad en los recintos.

El palacio, de cierta belleza de líneas, aunque no grande, no posee, por desventura, salón de recepción, y los invitados tienen que esperar la llegada de Menelik en un palio, rodeado de pintorescas construcciones. Si el soberano ofrece una gran comida y el número de invitados es muy elevado, lo que sucede una vez por semana, no hay manera de andar por el patio y, para no fatigarse, siéntanse en la escalinata del palacio ó en las grandes piedras diseminadas en él.

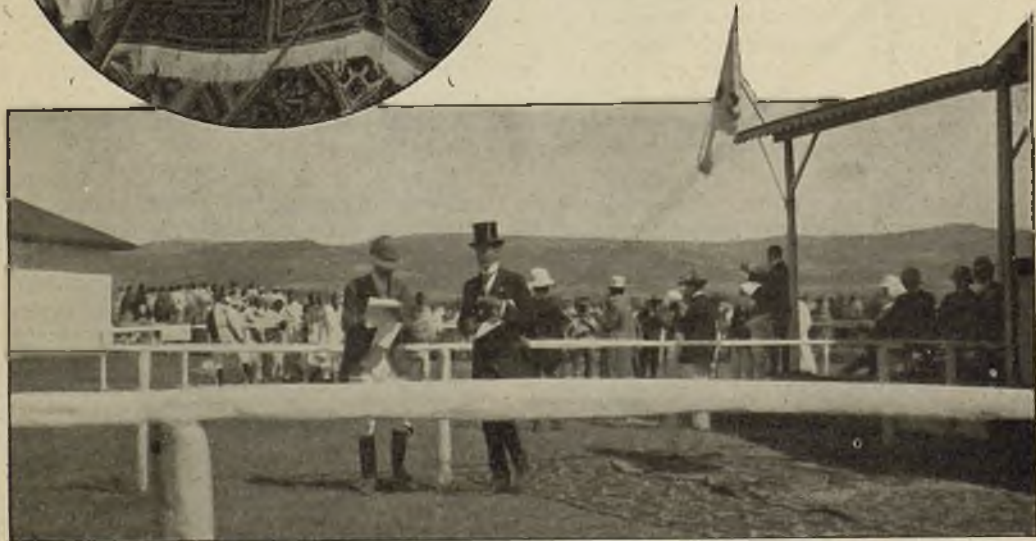
Por fin llega Menelik, atraviesa el patio, sonriente, dirigiendo palabras amables á cuantos encuentra en su paso, y penetra á la sala en donde va á celebrarse el festín.



Guerreros abisinios esperando la hora de la carrera. Menelik presenciando las carreras de caballos.



Según costumbre, el soberano debe comer solo, rodeado únicamente de algunos jefes de las tropas y de los criados. Los europeos y los altos dignatarios de la corte entran inmediatamente después, en la misma sala que puede dar cabida á tres mil ó



Menelik vestido á la europea en la carrera de caballos.



Cazadores de leones abisinios.

cuatro mil invitados. La tradición exige que no se sea visto por los inferiores mientras se come, lo que explica la costumbre de comer por tandas sucesivas. Según afir-

Una mujer abisinia.

man los competentes, debe atribuirse esta costum-



Un jefe guerrero abisinio y sus soldados

bre á la superstición de los abisinios, que temen les hagan mal de ojo.

Cuando los altos dignatarios concluyen de comer, comienza realmente la fiesta, y en este momento es cuando se puede asistir al verdadero banquete. Bajo los altos techos de junco trenzado siéntase todo un pueblo. Los criados, el torso desnudo, corren entre los grupos llevando enormes trozos de carne media cruda, y otros servidores cuernos de buey con hidromiel y cerveza. Comienza la orgía, como las presencias de Atila después de una victoria. Las bocas se abren glotonamente, desgarran la carne y vacían los cuernos; en la sala no se oye sino un ruido de mandíbulas amenazador, dominado de vez en cuando por el llamamiento estridente de las largas trompetas, que indican el paso del monarca en uno y otro lado.

Cuando Menelik mira por la gran puerta que hay frente al trono la inmensa extensión azul de las montañas y de los llanos, su rostro se ilumina con un reflejo de orgullo justificado, porque desde hace muchos siglos ningún soberano abisinio pudo

reunir bajo su poder tan vasto territorio.

Además, supo conquistar el aprecio de sus súbditos, y M. Paul Buffet, que permaneció algún tiempo en Abisinia, relata en una de las páginas de su *carne* de viaje, hablando de la emperadora:

«Después de cenar, uno de los soldados abisinios de mi escolta es invitado por sus camaradas á que improvise algo, é inmediatamente nos canta esta composición, que me tradujo mi compañero Ilg:

» Los italianos habían arado los campos de Asmara y traído muchos fusiles, y atacaron al emperador creyendo que no tenía sino armas fabricadas por los hombres.

» Creían vencer fácilmente; pero ¿no tenemos una reina que se llama Sol (Taitú) y, éste último, no puede, desde lo alto de los cielos, matar al mismo tiempo los italianos de Massuah y al musulmán del valle regado por el Nilo?»

Así era amado Menelik por los suyos, y á esto llegó el emperador de los abisinios, muy al corriente de cuanto pasaba en Europa y hábil político, como lo prueban mil hechos de todos conocidos.

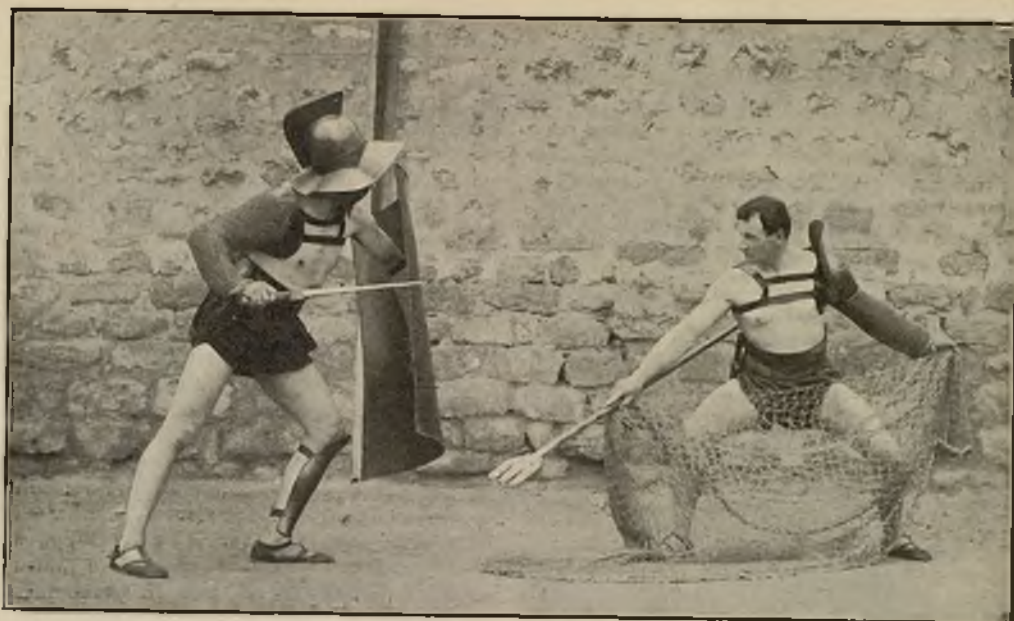


FIGURA 13.

LA ESGRIMA DE LOS GLADIADORES

(Continuación)

El molinete horizontal es de ejecución más difícil, porque hace moverse al que lo ejecuta, y el peso de la red carga sobre el hombro de una manera abrumadora, cuando se la arroja solamente con el brazo izquierdo reservando el derecho para el manejo del tridente.

Para lanzar la red con este movimiento, es necesario la posición de arranque indicada en la figura 14.

Este primer movimiento, si se ejecuta de adelante á atrás, encorvándose, favorece el lanzamiento horizontal. Cuando se ha descrito en el aire el primer círculo, el reciario separa los dedos y deja deslizarse la red, que muy pronto gira en la extremidad de la cuerda sujeta en la muñeca.

Y ahora es cuando precisa tener el vigor necesario para mantener estos giros al mismo tiempo que se acerca al mirmilón. En el momento oportuno, se deja caer la red, cuando comienza una de sus vueltas, alargando el brazo y dando un paso hacia adelante. Teóricamente, la red debe enrollarse en uno de los pies del mirmilón. Si así ocurre, el reciario tira bruscamente hacia sí y el mirmilón debe caer al suelo.

Este ataque es de muy difícil ejecución, de que: 1.º, de un salto atrás, el mirmilón puede evitarlo; 2.º, porque también, dejando su escudo rápidamente, detiene la red por una parada que pudiéramos llamar de sexta, y levantándolo un segundo, sujetarla y retenerla el tiempo suficiente para que pueda dar un golpe al reciario, como se ve en las figuras 21 y 22.

Sin embargo, cuando el reciario logra un *molinete horizontal*, como el que se ve

en la figura 15, el mirmilón está perdido, porque al caer descubre el pecho ó la espalda, y entonces es fácil herirle con el tridente. En esta apurada situación, lo mejor que puede intentar el mirmilón es abandonar el escudo, á fin de tener las manos libres para apoderarse del tridente del reciario.

En la figura 16, tenemos el ejemplo de un mirmilón cuya pierna ha sido envuelta por la red. Después de haber arrojado el escudo, ha podido, debido á que tenía ambas manos libres, parar los ataques del tridente y aun cogerlo. La situación es crítica para el reciario y no le queda otro recurso que el de abandonar el tridente.

EL REVÉS DE IZQUIERDA

Las figuras 17, 18, 19 y 20 presentan las fases de un ataque por un «revés de izquierda» bien ejecutado.

Me detendré bastante hablando de este

ataque, porque creo fuera el preferido por la mayor parte de los reciarios.

Evidentemente, el gran número de asaltos á que me he entrega-

El «revés de izquierda» no exige sino la mitad de la red, pues la otra mitad se encuentra en el suelo é impide que el mirmilón avance para herir (fig. 17).

La ejecución es muy sencilla. En cuanto el esparavel, en caso de fracaso, toca el suelo, es necesario dar dos ó tres saltos hacia atrás. Inmediatamente la red forma un *largo huso* que se opone al avance del mirmilón, que en vano se fatiga en inútiles ataques. De vez en cuando, el reciario le irrita con *molinetes horizontales*, que bien ejecutados inclinan el casco del mirmilón hacia adelante, dejándole aturrido y medio cegado.

En cuanto el reciario echa de ver que el mirmilón comienza á fatigarse, sin dejar de retroceder, y girando sobre sí mismo, restablece el orden de los pliegues de la red; de pronto coge con la mano izquierda el esparavel por su parte media, dejando arrastrar la otra mitad en *huso*, y así defendido puede lanzar la red sobre el lado derecho del mirmilón, envolviéndole la cabeza y el brazo armado.

(fig. 18)

En la fig. 19, admitimos que las



FIGURA 14.

do no pueden tener la importancia de un verdadero combate — hay gran diferencia entre un asalto y un duelo, — pero esta es la única forma por lo menos de prepararse á él.

Debo hacer constar, en apoyo de mis afirmaciones, que siempre conseguí colocar el «revés de izquierda» contra cualquier adversario de los que representaron el papel de mirmilón, mientras que los restantes ataques solían fracasar y, sobre todo, agotaban mis fuerzas.

se han enganchado bien á las partes salientes del casco. El reciario tira bruscamente hacia él, colgándose de la red, por decirlo así, y el mirmilón cae, por ejemplo, rodilla en tierra, buscando un punto de apoyo que le impida ser derribado por completo. El reciario utiliza la extremidad de la red y el asta del tridente para asegurar la presa.

Evidentemente, con alguna rapidez, el reciario puede utilizar el puñal en esta ocasión, hiriendo al mirmilón, que se en-

cuentra preso en la red y medio cegado por su enorme casco, cuya visera le oculta los movimientos del reciario.

La figura 20 nos muestra un hombre agotado por la lucha y las heridas, que hasta no puede oponer resistencia al último ataque del reciario, al golpe de gracia, puesto que el puñal se clava en el corazón.

tan curiosa. Los ataques, derivados de ella son muy numerosos.

La extensión del artículo no permite su exposición, así que sólo describiremos los que fueron fotografiados por Lansiaux.



FIGURA 15.

Bien ejecutado, este ataque por *huso-revés de izquierda*, debía ser tanto más útil al reciario cuanto que le colocaba en las mejores condiciones, aun habiendo sido desarmado del tridente.

Hemos trazado á grandes líneas técnica

Véase, por ejemplo, la figura 21. Un mirmilón hábil, en lugar de exponerse á una caída saltando sobre la red, la inmoviliza sujetándola con el escudo.

Inmediatamente, el reciario, aprovechando que el mirmilón se ha descubierto

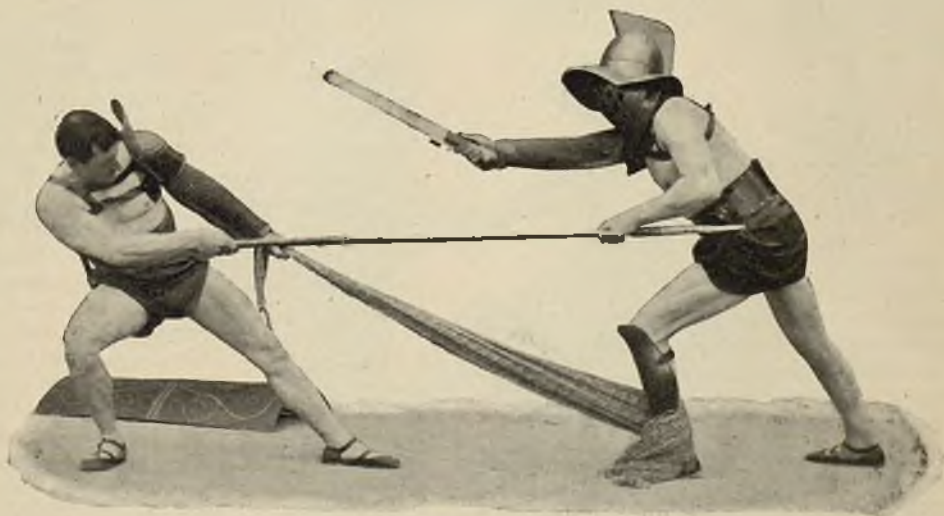


FIGURA 16.

Es evidente, que tal ataque pone término al combate.

*
* *

Además de los anteriores asaltos, en los que el arrebatamiento del tridente representa tan importante papel en las diversas fases del combate, el mirmilón tenía una táctica establecida para apoderarse de él.

FIG. 18.

Tirar, después de haberla cogido, era una falta.

Algunas veces el reciarario abandonaba su tri-

FIG. 19.

en parte con este movimiento lateral del escudo, trata de herirle con el tridente.

Este ataque puede ser parado con una oposición «de segunda», ejecutada con el gladio, exactamente lo mismo que haría la parada un esgrimidor moderno.

En fin, en la figura 22, vemos que el mirmilón ha atacado á su vez, después de la oposición de segundo, con un fulminante golpe á la cabeza.

FIGURA 20.

dente para hacer una maniobra con la red, empleando ambas manos, lo que hacia el movimiento más vigoroso, rápido y preciso; pero maniobraba de modo á alejar al mirmilón de su arma, y cuando lo juzgaba á propósito, echaba á correr y la recogía.

Por esto, á fin de inutilizarlo, el mirmilón rompía el asta del tridente en cuanto podía apoderarse de él.

Admitiendo que fuese hostigado por los continuos ataques del tridente, sea á la cabeza bajo la visera, maniobra terrible que aturdió el cerebro con la brusca sacudida, sea á los pies, poco protegidos, procedía del modo siguiente:

Oculto por su escudo,



á una segura caída con todas sus graves consecuencias.

En cuanto podía coger el tridente, el mirmilón

FIG. 21.

colocaba el gladio en los dedos de la mano izquierda, que al mismo tiempo sostenía el escudo por el asa de cuero.

Y sin descubrir su mano derecha, esperaba el momento oportuno, y aun le preparaba con los movimientos del escudo que le hacía deslizar hacia la derecha. Entonces, rápido, cogía el tridente del lado de la horquilla de acero.

Aseguraba su presa y hasta hacía perder el equilibrio al reciario, mucho más pequeño que él y menos fuerte.

Este último no tenía más que un recurso: tirar, describiendo un círculo, hacia la izquierda del mirmilón con un máximo de velocidad, dejando arrastrar la red.

El coloso quedaba embarazado por su escudo y por la red, que se arrollaba á sus pies, perdía las ventajas de su ataque, quedando expuesto

debía girar sobre sus talones (véase la figura 24), colocando el asta del tridente en el hombro, para romperla.

Durante el curso de mis demostraciones públicas, he facilitado muchas veces este desarme á mis adversarios. Además de producir un gran asombro, cambiaba totalmente el aspecto del combate.



Entonces el reciario empuñaba su red con las dos manos, trazando poderosos y rápidos molinetes, arrojando y volviendo á coger ágilmente su arma, porque era la última carta que se jugaba, pues el mirmilón ya no tenía más que un objeto: desarmarle completamente.

Cuando el reciario era rápido, provocaba algunas veces.



FIG. 22.

la «toma de la red». En cuanto el mirmilón bajaba la mano, daba un salto, asestando un puñetazo, al mismo tiempo que giraba hacia la izquierda, agarrándose al exterior del escudo que, de esta manera, le protegía á su vez.



FIGURA 23.

En la figura, 25 vemos á un reciario aperebido á hacer un *molinete vertical*. El mirmilón, que está en guardia, recibirá el choque en el escudo, que después elevará paralelamente al suelo.

En este caso no corre peligro alguno y, en adelante, puede descubrirse, puesto que su papel es el de fatigar al reciario mediante muchos y vanos esfuerzos.

En la figura 26 se ve á un reciario á quien un mirmilón, desde el principio del combate, es decir, cuando los dos tenían su completo armamento, ha podido coger la entremidad de la red.



FIGURA 24.

Mal principio para el reciario, que intenta impresionar á su enemigo con la amenaza de un « revés » de la mano derecha (*revés de la derecha*).

Este revés es poco eficaz, pues no ejerce acción más que sobre el escudo, acción muy corta y pronto anulada si el mirmilón inclina hacia adelante el escudo.

En la figura 27 vemos á los dos gladiadores en un contacto inesperado.

El mirmilón ha cogido la red, pero el reciario lo mantiene á distancia con el tridente.

Tomando la red como punto de apoyo, el mirmilón ha abatido el tridente del reciario fijándole un instante en el suelo. Si coloca brutalmente el pie derecho en el hierro del tridente, puede romperlo ; pero

el reciario conoce y debe prever esta tentativa; en el momento preciso en que el mirmilón va avanzar el pie derecho, bajará la mano izquierda hasta el suelo, la red no será ya punto de apoyo, y tirará hacia atrás de su tridente, hiriendo en seguida al mirmilón en pleno torso.

Añadamos que se puede parar este golpe por

Conviene añadir que la mano derecha del mirmilón estaba mejor protegida que en esta fotografía. La manga de malla que lleva el mirmilón en esta serie de fotografías era reemplazada muchas veces por una manga de lentejuelas cuya base formaba un

FIGURA 26.



una oposición del gladio « en sexta ».

Con este ejemplo, se ve que en estos combates eran imprevistos, de donde se puede deducir que con armas similares a las que yo empleo en mis demostraciones, los gladiadores tenían que entregarse a un *entrenamiento* severo vigilados por los *lanistas*, sus maestros, antiguos gladiadores.

* * *

La figura 28 representa otra acción.

Un mirmilón, hábilmente cogido por un *molinete horizontal* ha tenido que arrojarse para no caer. Ha dejado una de las asas del escudo y cogido la red por el extremo y va a romperla si no lo impide con el tridente.

FIGURA 27



guantelete, luego se habían previsto y evitado en aquella época las heridas en la mano, que son la gloria de nuestros duelistas modernos.

• • •

Terminaremos este estudio con un golpe de esgrima dado por el mirmilón.

Como puede verse en la figura 29, el reciario posee todas sus armas. Luego de haber arrojado su red la ha puesto *en huso* para impedir que se acerque el mirmilón, atacándole con el tridente.

Pero el mirmilón ha podido esquivar la red que se arrastra por el suelo; acaso la ha cogido un instante, sujetándola con la base del escudo y vuelto hacia la izquierda.

Para detenerle, el **reciario** le ha dado un golpe con el tridente en la cabeza, golpe que ha sido parado por una *oposición de sexta* ejecutada con el escudo y, al mismo tiempo, el mirmilón ha herido á su adversario con la punta del gladio.

¿Cuál será el resultado de este golpe?

FIG. 28



¿Será decisivo? De todos modos, hay que recordar á un esgrimidor del siglo XVI, porque es exactamente el mismo que se ejecutaba á un tiempo con la tarja y la tizona.

Aquí acaban las explicaciones del profesor Dubois, limitadas, además, á los documentos fotográficos de Lansiaux.

Se concibe, por este resumen, lo que podía ser la técnica de estos gladiadores, y se comprende el interés que suscitaban sus combates, que, como hay derecho á suponer, según las investigaciones del profesor Dubois, no eran siempre *carnicerías*, sino manifestaciones de arte, de arte sangriento, pase, pero de Arte y de Valor.



FIGURA 29.



El conocido escritor Pio Baroja, sentado en uno de los bancos de la Avenida del Observatorio de París.

Baroja en el cuarto del hotel en que vivió cuando estuvo en París.



El historiador del famoso capitán Avinareta

PIO BAROJA

YA ha publicado dos volúmenes contando la vida y milagros de ese capitán Avinareta, canalla y bueno, famoso y astuto, intrigante y generoso; de ese simpático bizco que fué todo un hombre de acción. El último, titulado *El escuadrón del Brigante*, acaba de salir á la luz pública, y, cuando estas líneas caigan bajo los ojos de los lectores, todos los periódicos de lengua española, y algunos de lenguas extranjeras, le habrán dedicado columnas con elogios ó con censuras (de todo habrá, pero todos hablarán de este libro que no puede pasar ignorado). En la obra de Baroja se encontrarán méritos y se hallarán defectos, pero siempre será

interesante por su fuerza, su originalidad y la vida intensa que sabe dar á sus personajes. Silvestre Paradox vivirá eternamente con los héroes de Dickens, de Balzac, de Dostoyewski...

Mas observo que, contra mi propósito, entro en un terreno por el cual no quiero circular: por el de la critica. Mi objeto en este artículo es que, quien lo lea, conozca íntimamente á Pio Baroja.

Baroja está entre los cuarenta á cuarenta y cinco años, pero sin que se pueda precisar su edad por el aspecto exterior. Yo, hace diez que le conocí una tarde en la redacción de *El Globo*, de Madrid, y ya estaba tan calvo, tan encorvado, y ya era



Pío Baroja, por los muelles que aprisionan al Sena, en busca de documentos.

tan poco amigo de la coquetería como en el presente. Entró en aquella sala obscura donde se amontonaban los periódicos de provincias.

Era en mis primeros días de periodista activo, y yo sentía cierto orgullo creyéndome superior á todos los demás ciudadanos: empleados públicos ó médicos, militares ó zapateros. ¿No era yo de los que manejaban «la gran palanca»? Cuando Baroja entró, adopté un aire de importancia, tomé la pluma y empecé á garrapear sobre las cuartillas. «Lo menos se cree éste que estoy haciendo el artículo de fondo», — pensaba yo. Hasta creo que llamé al ordenanza con gesto autoritario para convencer al visitante de toda mi importancia. Así pasaron veinte minutos lo menos. Luego llegó Angel Guerra, que ejercía la crítica teatral en el periódico, y, entonces, supe que aquel señor á quien yo quería asombrar, era Pío Baroja. Debí ponerme muy colorado, pero ni Baroja ni el otro lo notaron, á causa de la obscuridad.

Baroja es calvo, rubio, con la barba y el bigote de un pelo hirsuto que es casi rojo. Baroja es vasco, pero puede pasar

por un ruso vagabundo y revolucionario. Anda balanceándose de izquierda á derecha, inclinado hacia adelante, casi siempre con las manos atrás. Generalmente, lleva paraguas, cuya tela es rebelde á arrollarse en torno del palo central, y se cubre con un sombrero negro de fieltro flexible que le está un poco chico. Baroja es médico, pero no cree en la Medicina y asegura que los médicos de antes sabían más que los de ahora, porque estudiaban mucha más Fisiología. Esto de no creer en los médicos debe ser heredado, pues su padre se opuso hasta el último momento de su vida á que se le acercara un doctor con ánimo de recetarle.

Baroja es casto, abstemio y él cree que un poco hiperclorhídrico. Baroja es muy alegre, en contra de lo que es creencia general; ríe con frecuencia y dice unas cosas absurdas que tienen mucha gracia. No gusta de la poesía rimada ni de la música, porque cree que ambas cosas son narcóticos que matan toda acción intensa.

Cuando Baroja va al café pagaría de buena gana lo que le pidieran por una consumación cualquiera, con tal de que

no existiera ese contrato tácito entre el cliente y el dueño del café que obliga al primero á beberse lo que pida. Recuerdo que en Madrid nos reuníamos, por la tarde, en un establecimiento de la Puerta del Sol. Todos tomábamos café, pero Baroja pedía una granadina, refresco que le era servido en un vaso muy alto, semejante á un florero. «¿Le gusta á usted eso?» le preguntaban. «No, no me gusta; pero como algo hay que tomar y esta copa es tan decorativa...»

Baroja es un andarín; camina diariamente muchos kilómetros sin que ninguna ocupación le obligue á ello. En Madrid sale por la tarde y, después de pasear por las avenidas del Retiro, sigue paseando por la acera izquierda de la calle de Alcalá, desde la esquina del café Suizo hasta la del Banco de España. A las siete, si no llueve, Baroja regresa á pie hasta su casa, que está en uno de los barrios más bonitos de la Corte, el barrio de Argüelles.

Baroja, como escritor, ha sido clasificado entre los incorrectos, aunque todavía no sabemos por qué. Clasificado entre los incorrectos ha de resignarse, porque en el mundo de la literatura el que tiene notable no pasará nunca á brillante. La primera calificación es definitiva.

Este novelista, que tiene tantos libros escritos, trabaja casi todos los días; pero, á veces, siente la necesidad de no hacer nada y pasa muchas horas sentado, frente á su ventana, mirando al cielo.

Baroja es muy friolero y amigo de lo confortable, por no

decir comodón. Es bueno, sin ser sentimental; generoso, sin parecer filántropo; es severo en sus juicios, pero comprensivo.

Durante los días que recientemente ha pasado en París, Baroja se ha dedicado á buscar documentos para su obra *Memorias de un hombre de acción*, que no es otro que ese capitán Avinarela, algo pariente suyo, según cuentan papeles viejos de la familia. Por las tardes recorría los muelles del Sena revolviendo cartapacios, y el día en que no dedicaba varias horas á esta labor, lo consideraba como un día perdido. Se ha llevado á España toda la historia de la guerra de la Independencia y de la civil españolas en grabados y litografías.

Su paseo favorito era la señorial Avenida del Observatorio, y por las noches concurría á un café del Barrio Latino donde se reúnen artistas y literatos, y toda la corte del príncipe de la poesía de la orilla izquierda del Sena, M. Paul Fort. A las diez de la madrugada en París, y á las diez de la mañana en Madrid, se acuesta Baroja. A pesar de su hiperclorhidria, no padece insomnio.

La opinión que le merece á Baroja la crítica ajena, se resume en esta frase que, recientemente me escribía desde Madrid: «Si lo que uno hace está bien ó mal, ya se lo dirán dentro de treinta ó cuarenta años.»

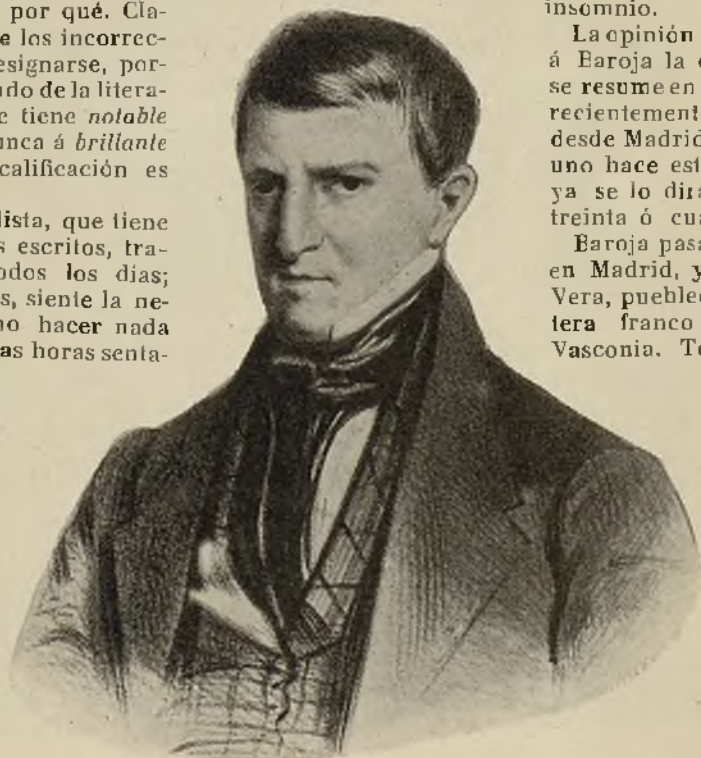
Baroja pasa el invierno en Madrid, y el verano en Vera, pueblecito de la frontera franco-española de Vasconia. Todos los años

hace un viaje corto al extranjero.

Así es Pío Baroja.

JAVIER

BUENO.



Don Eugenio de Avinarela, pariente del novelista y figura principal de la obra de Baroja "Memorias de un hombre de acción".



ASTURIAS

□ □ □

Dicen sus cantos : *aprended ternura ;*
Dicen sus robles : *aprended firmeza ;*
Dicen sus cumbres : *aprended grandeza ;*
Dicen sus héroes : *aprended bravura ;*

Sus manantiales : *aprended frescura ;*
Sus mansas vacas : *aprended nobleza ;*
Sus raras aves : *aprended belleza ;*
Su hablar de mieles : *aprended dulzura.*

Dice su gaita : *aquí está la armonía ;*
Su sidra de oro : *aquí está la alegría ;*
Su niebla azul : *aquí está lo indeciso.*

Y sus selvas, sus mares y rompientes,
Dicen con ríos, y águilas, y fuentes :
¡ Aquí está Dios y aquí está el Paraíso !

Salvador RUEDA



LA BOHEMIA, DE FRANZ HALS

El extraordinario pintor holandés, de pincelada tan amplia y vigorosa, nos presenta este tipo popular con fidelidad asombrosa.

Le Chic

Cartas de una Parisiense

por SIMONE



POR todas partes se ven muselinas y nubes de Malinas adornadas, las más veces, con pieles lindamente bordadas á estilo antiguo. Actualmente, el gran chic es una blusa de muselina violeta y blanca formando una especie de faldón sobre la piel violeta, blanca ó negra, según la necesidad del momento. Lo mismo le sienta á la morena que á la rubia, y es muy práctico porque con una falda estilo sastre hace un vaporoso traje de calle, y con liberty para la soirée. También se puede hacer en negro y blanco verde manzana

y blanco ó cereza con la piel de seda azul marino.

El refinamiento de la coquetería llega muchas veces hasta combinar el forro del abrigo con estas deliciosas y nuevas blusas. Los abrigos de noche son, incluso por el forro, de una gran riqueza. El tono general

Phot Paul Geniaux.

MODELOS VISTOS
EN LAS CARRERAS

no es claro en todos, y los más recientes están inspirados en las viejas telas de 1840, reconstituyendo dibujos y colores de aquella época. Muchos llevan pequines atravesados formando listas anchas. A pesar de los tonos sombríos, no se ha dicho aún la última palabra, y, en mi

opinión, los más elegantes son los forros verdes ó de un tono azul muy obscuro.

Es muy natural que se cuide tanto el interior como el exterior de un vestido, porque en las visitas está permitido entrar en los salones con abrigo. Una vez



N.º. — 1 MODELO DE NUESTRA CRÓNICA

sentada, la mujer elegante lo deja caer negligentemente hacia atrás, quedando envuelta como una flor preciosa. Para realzar el abrigo, es necesario que su tono esté en armonía con el del vestido.

Estos se hacen de una pieza, y son más elegantes y fáciles de llevar bajo la amplitud de los abrigos de este año, que son un poco abiertos por los lados.

Así vemos á nuestras elegantes parisienses en las reuniones chics y en los *les-lango*. Es difícil que las reconociéramos en el interior de sus hogares, porque están tan diferentes!... Fuera, hacen furor actualmente los colores sombríos, pero en casa se desquitan las mujeres adoptando atrevidamente tonos de brillo deslumbrador: tonos orientales creados para el sol abrasador de aquellas tierras lejanas... Las más originales han adopta-

do una casaca de raso bordado con arabescos de oro, y la llevan sobre una falda cortada en forma de pantalón y drapeada por los tobillos. Bajo la casaca asoma un camisón de batista con mangas largas.

El color de las medias debe estar en armonía con el de la falda y el de los zapatos, los cuales tendrán láminas de oro y adornos de *strass* ó cualquiera otra joya, generalmente antigua y de gran valor.

Para otras, que gustan de una originalidad menos llamativa, he aquí encantadores modelos:



N.º 2. — MODELO DE NUESTRA CRÓNICA

Imaginaos un cuerpo cubierto con un tul bordado en perlas irisadas y con mangas cortas, y atrás un cuello con piel de cisne. Una larga túnica plisada cae sobre la falda abierta de raso esmeralda. El cordón de la cintura — que termina en dos bellotas de perlas — sujeta suavemente el conjunto y se anuda por delante.

Las zapatillas son de raso verde y llevan un grueso cabujón de cola de ratón de oro viejo. Este conjunto encantador hará resaltar ventajosamente á la joven silueta que se adorne con él.

También se hacen muchos *deshabillés*

de liberty rosa, perla, azul ó champaña, cubriéndolos con unagasa. á veces de distinto tono, que forma visos encantadores. También se llevan tejidos bordados en oro y con pieles. No hay que decir que los zapatos tendrán adornos de la misma piel.

La figura 11 representa un lindo *deshabillé* de seda azul. El kimono forma un sólo conjunto con la primera túnica y con otra segunda que termina en las rodillas,

adornadas con armiño las dos y unidas á un estrecho delantero de encajes de Venecia ó de Milán. La falda abierta permite ver la pierna con media de seda azul y los pies calzados con zapatitos dorados, formando una armonía que diríase dos botones de oro en un trocito de firmamento.

Las mujeres elegantes, vestidas en ta forma, viven en sus casas entre los *bibelots* y las flores, pareciendo flores también, flores vivas.





Ensalada

« por »

LUIS BONAFOUX



ESTE invierno—pronosticaron los sabios — no será riguroso. He aquí la principal razón, si no la única, en que yo me fundé para pronosticar lo contrario en otra en salada, de entre cuyas hojas yertas salió, cantando, un pajarito; y los hielos de enero no me dejan mentir.

Unos mueren de frío y otros patinan. En sitio muy principal de un gran periódico se lee:

« **Habiendo cumplido** sus condenas, los presos de la *Santé* se niegan á salir de la cárcel. Hay que emplear la fuerza para expulsar á los que ruegan que los dejen una noche más... ¡ *siquiera!*... Cansados de suplicar, amenazan. En saliendo de aquí advierten, cometeremos un delito para poder volver. »

Así va la vida en el siglo xx y en una gran república. ¡ Para calentarse, las gentes necesitan robar y matar !...

En lo alto de la cuesta de la Ventanilla, debajo de escueto árbol, á la intemperie, con los pies mal calzados sobre el suelo húmedo, trabajaba de zapatero, allá en Madrid, un vejete flaco y enfermo. Un día que le vi abofeteado por la nieve, abatido sobre la labor por el aire del Guadarrama, envuelto, como en un sudario, por la escarcha, escribí unas líneas para llamar la atención pública sobre aquella desgracia muda y sin consuelo:

« Cuando paso por allí, aforrado en un gabán de abrigo, y paseo la vista por el páramo de la miseria que sirve de banqueta al pobre zapatero, yo, que soy un obrero como otro cualquiera, me asombro de que me salude pacíficamente con una sonrisa bondadosa por entre las hebras de su recio bigote, cuajado de hielo, que le da aspecto de foca polar. »

Y luego, mirando á lo lejos, añadí:

« Cae la última hoja del calendario. Pasan los años... ¡ pasan, también, rozando aquel nido de harapos, grandes carruajes de lujo, riquezas orientales, flores y gasas, risas y besos !... Pero no pasa el sufrir del zapatero que raspa la encorvada suela, como si fuera la caja rota de un violín des-

hecho, en lo alto de la cuesta, á la intemperie, sobre un tablado de muerte... »

A ese zapatero lo he vuelto á ver, ayer mismo, con 8 grados bajo 0, en París, en uno de los sitios más lujosos de la metrópoli igualitaria, en la plaza de la Ópera, como incrustado en el quicio de un portal, entre una tienda de ropas hechas y una tienda de ultramarinos substanciosos y bien olientes. No rascaba ya una suela; vendía un periódico, *La Patrie*, y para calentarse, puesto que estaba á cuerpo, bailaba un zapateado animadísimo en la acera, cuidando de no estorbar al transeunte. ¡ Jóvenes que estáis disgustados con el arzobispo de París, porque os ha vedado el tango en nombre de la decencia pública, id á la plaza de la Ópera, poneos en lugar del vendedor de periódicos, y bailad, bailad el tango del frío y del hambre !...

Invierno atroz, invierno impio... A donde quiera que se eche la vista, no se descubre más que miseria y desolación: miseria del cuerpo, desolación del alma.

Por fortuna, la Sociedad nacional de aclimatación, de Francia, ha efectuado su banquete anual para aclimatar en este país « platos de una rara originalidad », según descubrimiento de M. Edouard Helsen, en *Le Matin*, y entre esos platos figuran unos *Oignons d'Almeria et piments doux d'Espagne farcis au riz et aux crevettes*, y un *bacalao aux patates*.

¡ Lo que se ilustra uno viajando por el extranjero ! ¿ Quién me había de decir, en Madrid, que el bacalao con patatas era un plato de rara originalidad ?

Pero, á pesar de la amenidad del acto culinario de la aludida Sociedad, si el *Deniel Martínez*, bachiller en Artes, á quien Muñoz Escámez hace que prefiera la vida salvaje á la vida civilizada, se diese un paseito por París, inmediatamente se volvía al desierto africano.

Y ya ve Muñoz que, habiendo tratado de convertirme á sus ideas, soy yo quien le va convirtiendo á las mías.

LUIS BONAFOUX.



CHARLA CIENTÍFICA

DESDE que se inventaron los aeroplanos, lo primero en que se pensó fué en convertirlos en máquinas de guerra, como si no fueran suficientes los medios de destrucción de que dispone la humanidad.

Los aeroplanos militares van provistos ya de bombas, que se lanzan por medio de aparatos muy precisos. Además está en estudio el medio de blindarlos para evitar el daño de una bala enemiga.

Hoy, un señor Lewis ha ensayado, en el aerodromo militar de Inglaterra, una



Aeroplano con ametralladora.

ametralladora que lo mismo puede servir para disparar desde el suelo contra un aeroplano, que desde éste contra el suelo.

Doce kilogramos pesa el arma en cuestión; su retroceso es mínimo y su enfriamiento rápido se logra por medio de una corriente de aire originada por el propio disparo.

En los ensayos, á pesar del viento, el tirador ha hecho blanco catorce veces en treinta disparos.

La velocidad del tiro puede llegar á 47, ó sea un cargador cada cinco segundos.

Los gobiernos prohíben, con razón so-

brada, que los particulares establezcan puestos de telegrafía sin alambres, pues si tal prohibición no existiera, los techos de de las ciudades estarían erizados de antenas por medio de las cuales se enterarían los curiosos de los despachos oficiales y particulares que se transmitiesen.



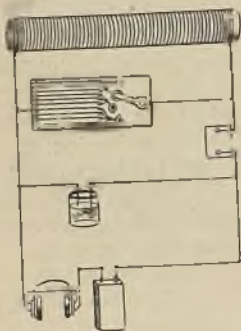
Pero ¡ay! que no basta prohibir el establecimiento de antenas receptoras. Acaba de descubrirse que basta un simple tubo de cartón, al cual se arrollen unos sesenta metros de alambre, para recoger las ondas hertzianas que se produzcan á cinco ó seis kilómetros de distancia.

El toque está en orientar el tubo de tal suerte que el plano de una vuelta del alambre pase por el puesto que emite las ondas.

El tubo de cartón constituye una bobina ó selenoide. Agréguese á ésta un condensador fijo y otro variable, y un detector electrolítico, como en el esquema se marca, y podrá percibirse, por medio de los auriculares que se indican al pie del grabado, los signos del alfabeto Morse que se transmitan.

Así pues, sin antena ni hilo de tierra, cualquiera puede recibir en casa todos los

despachos que partan de una estación radiotelegráfica. Hasta puede hacerlo portátil y llevarlo sobre sí y, sentado sobre un banco, tomando el sol, enterarse de lo que no debe.



Esquema de un aparato de telegrafía sin alambres.

El condensador variable, que se recomienda por su eficacia, es una serie de diez tubos de latón de cinco centímetros de diámetro y veinte centímetros de longitud, colocados en otros tantos tubos de vidrio y otros diez tubos de latón de diez milímetros de diámetro que forman la armadura del condensador y que se tocan unos á otros. Aunque no es imprescindible, conviene emplear, también, un condensador de hojas de estaño.

En marzo de 1912 apareció una nueva estrella en la constelación Géminis. Durante dos meses tuvo tal brillo que se la podía observar á simple vista. En junio fué perdiendo intensidad y, actualmente, sólo puede vérsela con el auxilio del telescopio.

Los astrónomos suponen que es un astro que se ha inflamado y, por consiguiente, que se trata de una verdadera catástrofe cósmica. Ahora bien, después de establecida la distancia á que se encuentra de la Tierra, resulta que el fenómeno se verificó hace 296 años, que es el tiempo que la luz ha tardado en llegar hasta nosotros. Es posible que la estrella en cuestión se haya deshecho, reduciéndose á fragmentos como los meteoritos que suelen caer de vez en cuando á la Tierra, pero tardaremos en saberlo otros 296 años, si al cabo de este tiempo la estrella desaparece. Por lo pronto, los astrónomos la han catalogado con el nombre de *Nova Geminarum* número 2 y con ello han escrito una página de la historia del Cielo que será leída atentamente por nuestros tatara-

nielos, quienes buscarán en vano dicha estrella.

Cerca de Mons (Bélgica) en el campo de Spiennes, se ha encontrado la huella de formidables trabajos emprendidos por el hombre de la época neolítica. Por aquel entonces se explotaba el sílex como hoy se hace con los minerales, pues el sílex ó pedernal era el elemento con el cual el hombre de aquella época fabricaba sus herramientas.

Nueve pozos han sido encontrados, abiertos todos con picos de sílex, y cuesta trabajo creer que con tan rudimentarios instrumentos haya sido posible realizar obras de tanta importancia. Estos pozos, algunos de los cuales alcanza ocho metros de profundidad, terminan en galerías inmensas en las cuales ha sido posible encontrar hasta mil quinientos picos de sílex, gastados ya por el excesivo trabajo realizado con ellos.

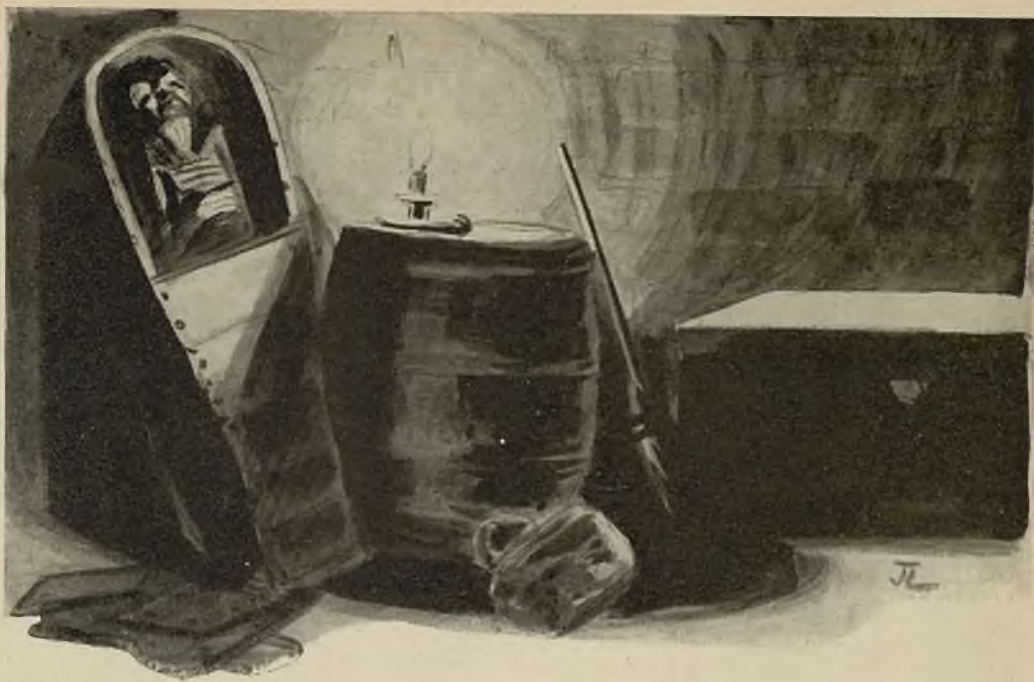
El laberinto de galerías es tal que aún no se ha podido quitar los escombros de todas ellas. En suma, se trata de uno de los más prodigiosos trabajos realizados por el hombre 2.000 años antes de la era cristiana.

Para reemplazar á las traviesas de madera, cuyo precio aumenta cada día á causa de las continuas talas de los bosques, se ensaya en estos momentos una nueva materia, el *asbeston*, que, como indica su nombre, consta de una gran parte de amianto, cuyo verdadero nombre es asbesto ó madera de montaña.

La oficina de ensayos técnicos de Dresde es la encargada de determinar el verdadero valor de este nuevo elemento, que se compone de una viga rígida de cemento armado, con incrustaciones de asbesto en los sitios destinados á soportar los rieles. Estas incrustaciones están hechas con una mezcla de cemento y de amianto cuyas fibras han estado previamente maceradas en agua. Así se obtiene una dureza y al propio tiempo una elasticidad que permite hacer taladros y clavar clavos ó fijar tornillos exactamente como en la madera.

Estas nuevas traviesas ofrecen la ventaja de ser imputrescibles, de suerte que aun cuando su precio sea triple del de una traviesa de madera, aún las compañías pueden tener ventaja en su empleo, á causa de su mucha duración.

HERMES.



El Secreto de la Momia



Por Jorge MEIRS

Sin embargo—añadió—me agradaría saber dónde han ido nuestros dos individuos á reclutar á su compañero. Las huellas que nos han conducido hasta aquí son las de esos dos hombres y... un tercero, el cual es mayor y más fuerte que los dos primeros, arrastra ligeramente la pierna izquierda y es chauffeur. Probablemente está aleitado y es moreno, llevando el pelo bastante largo. Con tales señas y sabiendo que dicho sujeto vive en esta manzana de casas, nos ha de ser relativamente fácil volver á encontrarla. Vamos á acostarnos.

—Un momento—dijo.—¿Cómo ha adivinado usted lo que acaba de decir? No creo que haya podido hacer la menor comprobación útil en ese horrible pasadizo de donde salimos.

—Precisamente ese es el único sitio donde he encontrado las huellas de dicho hombre, que, siendo más anchas y más profundas que las de sus compañeros,

denuncian una estructura más fuerte, y como, además, están más separadas una de otra que las de los otros, la estatura de dicho sujeto debe ser superior á la de los otros dos, puesto que la separación de los pasos está en razón directa de la estatura. Además, los tres hombres marchaban de frente. Al más bajo — nuestro maestresala — estaba á la derecha, éste en el centro y el último á la izquierda. He reconocido perfectamente los zapatos claveteados del último; á partir del primer recodo, cambió de sitio con el más alto, que siguió andando del lado izquierdo. Las huellas del pie derecho resultan muy marcadas por la parte del tacón, como si cayera sobre él todo el peso del cuerpo, mientras las del pie izquierdo se aplican de plano, de donde he deducido que debe arrastrar la pierna izquierda.

—Pero — interrumpi, — ¿qué le hace suponer que es chauffeur?

— También las huellas de los pies.
¿Sabe usted guiar un coche?

— Sí, con tal que no se me exija una gran velocidad.

— Pues bien, sabiendo guiar un automóvil, forzosamente conoce el manejo las de palancas y de los pedales, y no ignorará que en los sitios frecuentados, el juego de pedales del desembragado y del freno es incesante...

— Sé—dije un poco malhumorado— que ese continuo movimiento gasta muy pronto la mitad de las suelas.

— Eso mismo. Así es que cuando halle dos centros de suelas apenas, y que se presentaban bajo un ángulo insignificante, comprendí que mi hombre era *chauffeur*.

— ¿Por qué «bajo un ángulo insignificante»?

William Tharps se sonrió.

— Usted y yo andamos con los pies «hacia afuera», formando un ángulo bastante abierto.

— Sí.

— Mientras que la costumbre de apoyar *paralelamente* los pies en los pedales, hace que las pisadas de los *chauffeurs* sean también *paralelas*.

— ¿Por qué dice usted que es moreno y afeitado?

— Únicamente él era bastante alto para topar con la cabeza á la salida del pasadizo y dejar en el techo el cabello que mi lámpara hacia brillar y que he recogido. Para afirmar que va afeitado, he observado la punta de cigarrillo que he encontrado, caliente aún, en el camino recorrido; dicha punta, consumida sin hacer uso de boquilla, están sumamente corta, tan microscópica, que no comprendo que pueda apurarla tanto un hombre con bigote.

Habíamos vuelto á la calle de Belleville, en la dirección del sitio donde decíamos el automóvil que nos condujera.

En seguida notamos que había desaparecido.

— ¿Dónde habrá podido meterse este animal?—dijo refunfuñando.

Suponia que estaba en una calle adyacente; pero recorrimos el barrio en todos sentidos sin encontrarlo.

Tampoco vimos el coche que condujo el maestresala.

William Tharps examinaba la acera, la pared próxima, los intersticios de los adoquines, como si buscase algo.

— Esperaba—dijo—encontrar un mensaje cualquiera, una indicación, una nota explicando el por qué de esta misteriosa desaparición.

Nos disponíamos á bajar la interminable calle, cuando nos pareció oír á lo lejos un sonido de bocina que recordaba el de la del auto desaparecido.

El sonido se aproximaba rápidamente. De pronto en la esquina de la calle próxima, apareció un automóvil, el nuestro, que se detuvo junto á nosotros.

El *chauffeur*, saltando el volante, se apeó. Traía la cara ensangrentada, los ojos hinchados, los cabellos en desorden.

— ¡Oh! ¡Oh! ¿Qué significa esto?

— Más miedo que daño, afortunadamente señor Tharps; pero ¡de buena me he librado!

— ¿Herido?

— Sólo arañado; el coche está en peor estado que yo.

William Tharps examinó la herida.

— ¿Nada más?—preguntó.

— Un golpe en el brazo.

El pobre inspector estaba pálido como un cadáver. William Tharps sacó de su abrigo un frasco estrecho y largo y le hizo beber unas cuantas gotas del contenido. Luego, abriendo la portezuela del automóvil, nos dijo:

— Suban ustedes.

Entonces vi que la caja trasera del coche había sido acribillada; el cristal del fondo estaba roto y uno de los de un costado también; las almohadas perdían su crin por tres ó cuatro largas rajás.

Ya instalados el policía oficial y yo en el interior, William Tharps saltó al pescante y embragó.

Diez minutos después, el automóvil se detenía en la puerta de la Prefectura.

El inspector, coniado al puesto de guardia, recibió cuidados inmediatos y poco después estaba en estado de reunirse con nosotros en el despacho del señor Dumont, jefe de la Seguridad.

Este hallábase aún en su despacho cuando nos introdujeron. Apenas le extrañó la presencia del célebre «detective» á semejante hora; pero, desde las primeras palabras relativas al asunto de Raizet, dió un salto.

— ¿La historia de la momia?... ¿La momia de los millones?... ¡Otra vez!

William Tharps no disimuló su sorpresa.

— ¿Quién le ha hablado ya de este asunto?

— ¿Quién?... Todo el mundo... Precisamente estoy aquí en este momento por causa de esa maldita aventura.

«Vamos á ver, señor Tharps—agregó más tranquilo.— ¿Esto es serio? ¿Es cierto que busca usted una momia?...»

Se interrumpió, hojeó notas esparcidas sobre su escritorio, y continuó:

— ... La momia de Clelia Clesita, esposa de un Faraón cualquiera... que aquella momia, habiendo pertenecido al... difunto don Victoriano de Raizet, un excéntrico, éste mandó practicar en ella un escondite... y que en este escondite...



dite ocultó la casi totalidad de su fortuna, que era cuantiosa ¿Es exacto todo esto?

— Sí, señor.

— ¿La momia?

— Existe.

— ¿El escondite?

— También. ¿Quién le ha dado estos informes?

— Un desconocido, un señor...

Tomó una tarjeta sobre su mesa.

— ...un señor Marcelo Leclerc.

— No le conozco.

— Ni nadie.

— ¿Cómo le ha transmitido estos informes?

— Vino anoche á traerlos él mismo.

— ¿Anoche?

El jefe de la Seguridad sacó el reloj.

— Esta noche, si le parece mejor, á las nueve; me entregaron su tarjeta, y como venía recomendado por un amigo, le recibí.

— Permitame—dijo el «detective»;— dígame todos los detalles de su entrevista con el señor Leclerc. ¿Cuáles son las señas de éste?

— Estatura mediana, cabello gris, perilla, bigote pequeño, una cicatriz en el ojo izquierdo, bien vestido...

— ¿Y bastón con puño de oro?

— Sí... ¿Le conoce usted?

— Un poco... puedo equivocarme.

— Se sentó, le hablé del amigo que le recomendaba y le interrogué...

— Es indiscreto preguntarle...

— ¿El nombre de ese amigo? Beaungen-cy, un excelente muchacho.

— Le conozco.

Al oír aquel apellido abrí la boca; pero callé al ver el poco caso que hacía William Tharps.

— Le interrogué—repuso el funcionario— sobre los motivos de su visita. Se disculpó de la hora intempestiva de venir y, como maquinalmente sacara yo un cigarro, me ofreció él uno, un «Clay»; él tomó otro, lo cortó con los dientes y me alargó su encendedor. Ya ve usted que no omito detalle alguno.

— Muy bien. ¿Qué más?

— Me contó la historia de la famosa momia y tomé notas. Añadió que dicha momia había pasado de manos del heredero del señor de Raizet á poder de uno de sus amigos y luego á otro. Actualmente pertenece á un bandido que, sin conocer el secreto de su escondite, sabe, sin embargo, que representaba un valor cuantioso. Este sujeto la adquirió por consejo de un amigo, el cual cree que posee el secreto del escondite y ahora se niega á entregársela, á pesar de lo acordado entre ellos.

— «Estamos — me dijo don Marcelo Leclerc, en presencia del poseedor de

un objeto cuyo valor desconoce y de su amigo, que le conoce perfectamente, pero que no quiere revelárselo: el primero sospecha que el segundo le oculta algo y que quiere burlarse de él, y nada pueden el uno sin otro.

» Como preguntara al señor Leclerc si estaba al corriente de cuanto acababa de confiarme, me lo aseguró, añadiendo que estaba usted encargado de este asunto, así es que iba á avisarle mañana mismo.

— En resumen, ¿qué deseaba ese señor Leclerc?

— Aunque no podía indicarme exactamente el sitio donde está escondida la famosa momia, me suplicaba que hiciera vigilar tres inmuebles de la avenida de la República que me indicó, é impedir que se acercaran á él tres hombres cuyas señas me dió. Me dijo, á pesar de mis instancias, que le era imposible agregar más por el momento.

» No sé nada más, sino que media hora antes de llegar usted, se oyeron tiros cerca de la avenida de la República y que poco después los agentes que había colocado, vieron pasar á tres individuos que respondían á las señas que me dió el señor Leclerc. Sin duda notaron la presencia de mis hombres, pues ni siquiera volvieron la cabeza hacia las casas guardadas.

— ¿Tiene usted aún las señas de los tres noctámbulos?

— Sí, aquí están.

— Creo que hay un hombre de buena estatura, uno más bajo, fornido, y otro más alto, fuerte, moreno y afeitado.

El jefe de Seguridad abrió la boca estupefacto.

— ¿También conoce usted á esos hombres?

— Quizás también — contestó el «detective», cuya alegría no trataba ya de contener.

— Esas son, en efecto, las señas — dijo

el señor Dumont, — pero no adivino la causa de su alegría.

William Tharps se limitó á sonreír.

— Las cinco y media — dijo el magistrado; — continuó esperando á mi visitante, porque me dijo que volvería.

En aquel momento, el inspector herido, que habíamos confiado á los cuidados de sus camaradas, se unió á nosotros.

Al ver su rostro vendado y las huellas sangrientas de la lucha que había sostenido, el señor Dumont preguntó inquieto:

— ¿Qué tiene usted, Trasbot?

El inspector, sentándose en la silla que le indicaba su jefe contó que, habiéndonos llevado á la calle de Belleville, aguardaba nuestra vuelta cuando tres hombres, uno pequeño y grueso, otro más alto, y otro muy alto y fornido, afeitado, moreno, arrastrando un poco la pierna izquierda, se habían acercado á él.

— ¿Qué? ¿Usted también ha visto á los tres hombres cuyas señas me ha dado el misterioso Leclerc?

— Sí, jefe.

— ¿Le han hablado?

— Sí, hasta...

Con un gesto, el jefe de la Seguridad cortó la frase, registró febrilmente los papelotes amontonados sobre su mesa y sacó la hoja que contenía las señas.

La levó en voz alta.

— ¿Es esto?

— Sí, jefe.

— ¿Qué más?

Trasbot emprendió de nuevo su relato:

— Me dijeron que los mandaba el señor Tharps y que tenía yo que llevarlos á un sitio que me designaron, cerca de la avenida de la República...

— ¿Cerca de la avenida de la República?

— Sí.

— Entonces ¿los tiros...? ¿Son ellos... los que dispararon contra usted?

(Se continuará)

Jorge MEIRS

Traducido por el Sr. GUERRERO.



el gran mundo



Entre las personalidades últimamente llegadas de Buenos Aires en el vapor «Princesa Matilda», cuéntanse las siguientes:

Sr. Horario Sánchez Elia y su esposa doña Josefina Alzaga Unzué, don Hugo Cullen, su esposa dona Elena Zuberbühler, las señoritas María Luisa y Celina Zuberbühler y don Alberto Zuberbühler, el conde Felipe Lovatelli y su esposa doña Adelaida Keon, señorita María Pujol, doctor Agustín Battilana, don Oscar P. Perrone y su esposa doña Ana Zarale, don Mateo Rey y su familia, Leonard Richard, Bartolomé Mihonovich, Walter, Mocchi, Virginia de Lamare, Armando Berford, Rodolfo Brandt, M. Kerville, Juan A. Bruschi y señora, señor Héctor Colonnese y señora, Isabel B. Schainer, Carlos Manca, Ewin Pallavicina, Amelia K. de Darbará, ingeniero Mario Kremesek, Raúl Duvof, Camille Drowilhet, doctor Cayetano Cosentino, L. Marone y familia, Juan Bantista Pazzi y señora, Enrique Castañeira, Armengol Maiscenels, Renato Salvati, Hugo Ramos, Cándido Ramos y Rodolfo Hofer.

♦♦♦♦♦

También se anuncia la llegada a Europa de los señores doctor Leopoldo Melo, doctor Agustín Battilana, doctor Ernesto Quesada, Sr. Guillermo Padilla, doctor Eduardo Bunge y doctor Mario Tezanos Pinto.

♦♦♦♦♦

Ha fallecido en Italia, durante un viaje de recreo, la señora María S. de Riva, dama muy apreciada en la sociedad de Alberti, en cuya ciudad vivía desde hace tiempo.

♦♦♦♦♦

El distinguido joven don Julia Palencia, que fué vicecónsul de España en Buenos Aires, ha sido ascendido a cónsul en Costa-Rica, para cuyo destino saldrá en breve.

♦♦♦♦♦

Capítulo de bodas en Buenos Aires:

De la señorita Ema Anhene con don Jorge Coronado.

De la señorita María Brown con don Domingo Martínez Quintana.

De la señorita Rosa Raffoon con el ingeniero Enrique Buty, ceremonia en la que fueron padrinos doña María E. de Buty y don Francis Racolla.

De la señorita María Ignacia Martínez con don Eduardo Scotti.

De la señorita Manuela Fraga Cancela con don Juan V. Avelino Pérez.

De la señorita María Mercedes Morales con don Guillermo Lafón.

De la señorita Virginia Len con don Pastor Mora, siendo padrinos doña Catalina Parodi de Mora y el doctor Francisco Mora.

Se ha fijado para abril próximo la boda de la señorita Blanca Nebel Panolet con don Arturo Bri- zuela.

A mediados del año se celebrará el enlace de la señorita Luisa Magallanes con don Julio Alberto Posse.

♦♦♦♦♦

Procedente de la República Argentina ha llegado a San Sebastián, donde fijará su residencia, el rico hacendado bonaerense don Ramón Peña, hermano del banquero de aquella ciudad, don Andrés Peña.

Le acompaña su señora é hijos.

♦♦♦♦♦

Desde París han regresado a Madrid el marqués de Narros y el conde del Real.

♦♦♦♦♦

Han salido de Madrid para el Cairo, los señores de Santos Suárez (don José) y su hermano el señor Miljans.

— El eminente maestro Lassalle saldrá en breve de aquella capital para el extranjero, acompañado de su señora.

♦♦♦♦♦

Desde España han llegado de paso para larga excursión por el extranjero los duques de Bailén.

♦♦♦♦♦

Con objeto de pasar una temporada al lado de su hijo don Román Lizaururry, ha salido de San Sebastián para Suiza la señora viuda de Lizaururry.

♦♦♦♦♦

El pasado jueves se verificó en la iglesia de San Fermín de los Navarros, en Madrid, la boda de la angelical condesita de Quintanilla, hija única de los condes de Torre Arias, con el primogénito de los condes de Romanones, el joven conde de la Dehesa de Velayos.

Fueron padrinos los Reyes, representados por la madre del novio y el padre de la novia.

Concurrieron como testigos, por la desposada, sus tíos el duque de Santo Mauro y el marqués de la Torrejilla, y sus hermanos el marqués de Santa Marta y don Narciso Pérez de Guzmán el Bueno, y por el contrayente, sus tíos los duques de las Torres y de Tovar y el conde de Almodóvar.

♦♦♦♦♦

En Buenos Aires han fallecido recientemente el ingeniero Federico Macdonlay, caballero extensamente vinculado, cuya existencia estuvo consagrada al culto del trabajo, conquistándose muchos afectos por sus condiciones de actividad e inteligencia; la señora Clotilde Branchetti de Barzi y el Sr. Joaquín Dorado.

En Montevideo dejó de existir don Armando Falco, persona muy estimada en los círculos comerciales de aquella ciudad.

♦♦♦♦♦

Ha fallecido en París, tras penosa enfermedad el señor don León García Cortés, quien gozaba de numerosas simpatías en las colonias hispano-americanas.

En el acompañamiento vimos á los señores conde de Pradere, Río Cuervo, de Botella Felip, Wynans, Delgado, Olivan Brevet, Añan, Velasco Quintana, Manzanares, Espejo, Balmaña, Braga. Gaya, Delatte de Carabia, Chinchilla (don M.), Pablo Méndez, Rodríguez, Pérez, García, Cubiles, Hellen, Méndez, Franck, etc.

Nos asociamos de todo corazón al dolor de la familia del finado.

♦♦♦♦♦

A propósito de la última cacería efectuada en el coto regío de Riofrio, en el Guadarrama, escriben desde Madrid:

En esta cacería, que se verificó el sábado, las cosas han ido de otro modo y los gamos no se han salido con la suya, como otras veces.

En el primer ojeo se volvió casi toda la caza; enormes manadas de gamos acorralados entre los ojeadores y los puestos se volvieron atrás, á pesar de la frecuencia con que los guardas disparaban: sólo unos cuantos se dejaron tirar, cobrándose ocho, porque la gente afinó muy bien la puntería.

Picados en su amor propio, el montero mayor y el primer montero se fueron con los ojeadores para dirigir la segunda batida, ocupando cada uno un extremo y poniendo en práctica un sistema que dió los mejores resultados. Los gamos intentaron volverse por las puntas, como de costumbre; pero el marqués de Viana en un extremo, y el conde de Maceda en otro, los recibían á balazos, siempre que los accidentes del terreno les permitían tirar sin riesgo. Entonces las reses, al ver que aquellos tiros no eran de broma, como otras veces, sino que las balas silbaban y hacían daño, se lanzaron á los puestos con una decisión nunca vista. La batida fué espléndida, se dispararon más de 150 balazos y el rey dió la prueba tal vez más brillante de su puntería, de las muchas que dió en su vida, cubriendo 36 gamos, muertos la mayor parte á distancias de 200 metros y á todo correr.

El rey fue felicitado por su admirable puntería, y

ambos monteros, por su acertada dirección, gracias á la cual el resultado de la cacería fué superior, con mucho, á cuantas se verificaron en Riofrio.

La última batida se verificó también con excelentes resultados porque las reses entraron repartidas por todos los puestos, siempre midiendo las distancias á gran velocidad y por lo más espeso, pero sin volverse como de costumbre.

El resultado de la montería fué de 136 reses, entre las cuales había dos hermosos ciervos, y á estas horas se habrán cobrado otras 30, lo menos, de las que quedaron heridas en la segunda batida al desfilár por lo alto de un cerro, á más de 300 metros de donde se hallaban los tres últimos puestos que fueron los mejores.

♦♦♦♦♦

Los señores de Larivière (don Mauricio) se hallan bajo el peso de un profundo pesar.

Su joven hija Inés, preciosa niña de cinco años, acaba de fallecer después de una brevísima enfermedad, sumiendo á toda la familia en el mayor desconsuelo.

♦♦♦♦♦

En la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro de Madrid, se ha celebrado el enlace de la señorita López de Carrión, hija del conde del Moral de Calatrava, con don Ramón Fernández Hontoria, primogénito de los condes de Torreánaz, nuestros aristocráticos amigos.

♦♦♦♦♦

A consecuencia de una grave enfermedad que había necesitado su viaje á París para consultar á las eminencias quirúrgicas, ha fallecido la bella señora Maria Carolina Moreno, condesa Giaccardini, hija del diplomático Sr. Enrique Moreno, que con tanta autoridad representó á la República Argentina.

♦♦♦♦♦

Se ha sabido con gran sentimiento el fallecimiento ocurrido el día 14 del actual en Santiago, de la señorita Mercedes Vega, hermana de la distinguida esposa del ministro de Chile en Francia, Sr. Puga Borne.

♦♦♦♦♦

Han llegado á esta capital los distinguidos aristócratas españoles, Sr. Marqués de Salamanca y don Ramón de la Peña y Azola.

♦♦♦♦♦

El eminente violoncellista español Sr. Pablo Casals, acaba de ser condecorado con la cruz de caballero de la Legión de Honor.

♦♦♦♦♦

Procedente de Buenos Aires ha llegado á Madrid el Sr. R. Monner y Sanz, catedrático de idioma y literatura, redactor de *La Razón*, de Buenos Aires.

El Sr. Monner, que viene realizando un viaje in formativo, trae de su periódico la misión de dar á conocer á los lectores bonaerenses lo más interesante de la vida española.

Desde Madrid vendrá á París el Sr. R. Monner.

♦♦♦♦♦

Es esperado en Cannes, procedente de Madrid, el príncipe Raniero de Borbón.

Los Hispano-Americanos en París



HOTEL DU LOUVRE

Han llegado :

Sr. E. Tessada y familia, de Méjico.

HOTEL RÍTZ *Place Vendôme*

Han salido :

Sr. Saturnino Unzué y Sr. Perry Belmont y su señora.

HOTEL REGINA

Han llegado :

Sr. Caria de Finito ; señora Dal Levy y familia, de Buenos Aires ; doctor S. Araoz Alfaro y familia, de Buenos Aires ; Sr. y señora E. Arana, de Buenos Aires.

ELYSÉE PALACE HOTEL *(Champs Elysées)*

Han llegado :

Sr. Manuel de Lizardi, de México ; doctor A. Ramange y familia, de Buenos Aires ; señora Haasse ; Sr. Aldao Fils, de Buenos Aires.

HOTEL WAGRAM *Rue Rivoli*

Han llegado :

Señora Ithuras ; señora Cabal Cullen y familia, de Buenos Aires ; Sr. L. Pando y familia, de Buenos Aires ; conde Almendra, de Lisboa ; señor Ignacio de la Barra y familia, de Buenos Aires ; doctor Agudo Ayala y familia, de Buenos Aires ; Sr. y señora Pedro Ferreira, de Buenos Aires ; Sr. y señora Fontaura Xavier y familia, de Roma ; Sr. y señora Paolo de Nogueira y familia, de Sao

Paulo (Brasil) ; Sr. y señora L. Herran y familia, de Buenos Aires ; Sr. R. Miranda y familia, de Brasil ; Sr. y señora H. Astengo y familia, de Buenos Aires ; señoras Martí y Paz, de Buenos Aires.

HOTEL DE CRILLON

Han llegado :

Sr. Crook y Larichos ; Sr. Miguel Nongués, de Chile ; Sr. J. B. Caster, de Chile ; Sr. Carlo de Elia, de Chile.

Han salido :

Sr. José Ribeiro, para Londres.

HOTEL PLAZA

Han llegado :

Sr. y señora Diego Lezica Alvear y familia, de Buenos Aires.

HOTEL MAJESTIC *Place de l'Étoile*

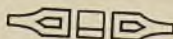
Han llegado :

Señora Carmendia Avellaneda y familia ; señor Carlos Ramon Mejia ; Sr. Alfredo Romero ; señora Terán de Conde.

HOTEL ÉDOUARD VII

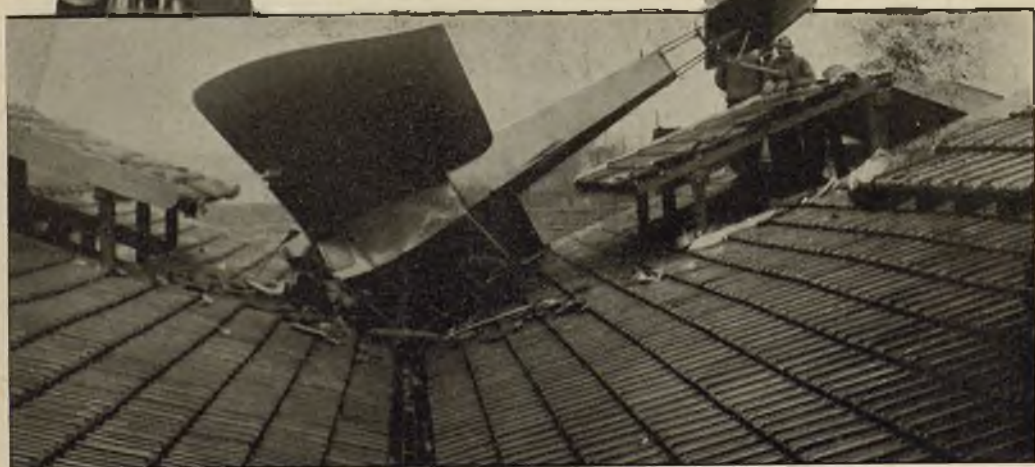
Han llegado :

Sr. y señora Martín Tornquist y familia, de Buenos Aires ; Sr. y señora Norberto Fresco, de Buenos Aires ; Sr. y señora Alfredo de Chopitea ; Sr. E. López Tudela, de Barcelona ; señora E. Smith de Gómez y señorita ; Sr. y señora Jorge Martínez ; señora Escalante, de Newberg ; Sr. y señora Helguera ; señora M. G. de Ungo y señorita Sr. José de Albachary.





El lunes 12 de enero, 20 equipos, cada uno compuesto de dos corredores, comenzaron la carrera para disputarse el premio de los «seis días». Tras una lucha encarnizada, y después de numerosas peripécias, el equipo francés Hourlier-Comes ganó la carrera, habiendo recorrido 4.228 kilómetros, 950 metros, en 144 horas. Nuestras fotografías representan el momento de arrancar los ciclistas. En el medallón, A la izquierda Hourlier, Comes.



El aviador francés Gilbert volaba con dirección al campo de aviación de Issy-les-Moulineaux cuando, bruscamente, su motor se paró, obligándole a aterrizar, no teniendo debajo de él sino casas, cayendo por fin sobre el tejado de una fábrica, calle de Saint-Charles. El monoplano quedó destrozado; Gilbert salió ileso del accidente.



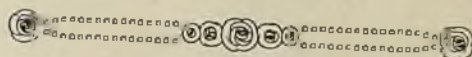
El 11 de enero, el Club Français luchó con el Club Athlétique de la Société Générale en un math de foot-ball association. Los últimos ganaron por 2 puntos contra 1



El 11 de enero el Sporting Club Universitaire de Francia, ha vencido al Stade français, por 6 puntos contra 0.



El boxeador, Jack Johnson, que, para conquistar nuevamente su título de campeón del mundo va a luchar de aquí a poco con Frank Moran. Probablemente será vencido, porque está mal preparado, comienza a envejecer y el terrible Sam Langford es el boxeador más fuerte en la actualidad.



CASA EDITORIAL HISPANO-AMERICANA

Paris, 222, boul. Saint-Germain,
471, Calle de Sarmiento, Buenos-Aires

Los grandes Músicos

Su vida íntima y anecdótica

Serie publicada bajo la dirección del célebre maestro
M. Camille SAINT-SAENS

Van publicados los siguientes tomos :

J. S. BACH, por Antonio Muñoz Pérez
MOZART, por Pedro Recio Agüero.
BEETHOVEN, por E. Ramírez Angel.
SCHUBERT, por Pedro Recio Agüero.
MENDELSSOHN, por Francisco Iribarne
WAGNER, por Francisco Vera.

Precio de cada tomo :

En rústica : 2 frs. — En tela flexib. : 2.75



CASA EDITORIAL HISPANO-AMERICANA

PARIS, 222, boul. Saint-Germain, 471, Calle de Sarmiento, BUENOS AIRES

Los Grandes Escultores



Publicados :

**Miguel
Angel**



Fidias



Canova



Donatello

Cada
ejemplar,
encuadernado

2.50



Esta nueva serie complementa la de **Los Grandes Pintores**, con tanto éxito acogida en España é Hispano-América. Del mismo formato, con **ochenta** páginas de texto y diez magníficas láminas á dos colores, el lector encuentra en cada volumen una biografía anecdótica y el análisis de sus más famosas producciones.

Con **Los Grandes Escultores** esta Casa continúa la labor de cultura y de "saneamiento" que es la norma de su empresa. Libros que instruyan, que deleiten, que eduquen : libros **para todos**, que por sus tendencias y por su elegancia tipográfica constituyan verdaderos amigos del adolescente y del adulto.